

Domingo V del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JERÓNIMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Homilias en Santa Marta**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2010 y 2013**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilias con textos de homilias pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Blas RUIZ i López (Ascó, Tarragona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

DEJÁNDOLO TODO

Is 6, 1-2. 3-8; 1 Co 15, 1-11; Lc 5, 1-11

Aunque no tenemos datos precisos sobre la edad de los primeros discípulos –Simón, Andrés, Santiago y Juan—de Jesús, ni tampoco del sacerdote Isaías, podemos aventurar que serían hombres maduros, puesto que estaban plenamente insertos en su oficio respectivo. Sin embargo, cuando recibieron el llamado terminante de parte de Dios, mostraron la disponibilidad suficiente para asumir su nuevo encargo. Estos israelitas no se desligaron de sus empeños anteriores bajo el impulso de un deslumbramiento o una ilusión, sino a sabiendas del compromiso que implicaba seguir a Jesús. Los pescadores habían tenido una mala noche de pesca y confiados en la palabra de Jesús lanzaron las redes, obteniendo una pesca inusualmente abundante. Por su parte el profeta Isaías se animó a proclamar un mensaje demandante para sus hermanos, cuando advirtió que sus habilidades comunicativas, habían sido acrecentadas por la fuerza del Espíritu.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 94, 6-7

Entremos y adoremos de rodillas al Señor, creador nuestro, porque él es nuestro Dios.

ORACIÓN COLECTA

Te rogamos, Señor, que guardes con incesante amor a tu familia santa, que tiene puesto su apoyo sólo en tu gracia, para que halle siempre en tu protección su fortaleza. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Aquí estoy, Señor, envíame.

Del libro del profeta Isaías: 6, 1-2. 3-8

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor, sentado sobre un trono muy alto y magnífico. La orla de su manto llenaba el templo. Había dos serafines junto a él, con seis alas cada uno, que se gritaban el uno al otro:

“Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos; su gloria llena toda la tierra”.

Temblaban las puertas al clamor de su voz y el templo se llenaba de humo. Entonces exclamé:

“¡Ay de mí!, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, porque he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos”.

Después voló hacia mí uno de los serafines. Llevaba en la mano una brasa, que había tomado del altar con unas tenazas. Con la brasa me tocó la boca, diciéndome:

“Mira: Esto ha tocado tus labios. Tu iniquidad ha sido quitada y tus pecados están perdonados”.

Escuché entonces la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte mía?” Yo le respondí: “Aquí estoy, Señor, envíame”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 137, 1-2a. 2bc-3. 4-5. 7c-8

R/. Cuando te invocamos, Señor, nos escuchaste.

De todo corazón te damos gracias, Señor, porque escuchaste nuestros ruegos. Te cantaremos delante de tus ángeles. Te adoraremos en tu templo. **R/.**

Señor, te damos gracias por tu lealtad y por tu amor: siempre que te invocamos nos oíste y nos llenaste de valor. **R/.**

Que todos los reyes de la tierra te reconozcan al es-cuchar tus prodigios. Que alaben tus caminos, porque tu gloria es inmensa. **R/.**

Tu mano, Señor, nos pondrá a salvo, y así concluirás en nosotros tu obra. Señor, tu amor perdura eternamente; obra tuya soy, no me abandones. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Esto es lo que hemos predicado y o que ustedes han creído.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 15, 1-11

Hermanos: Les recuerdo el Evangelio que yo les prediqué y que ustedes aceptaron y en el cual están firmes. Este Evangelio los salvará, si lo cumplen tal y como yo lo prediqué. De otro modo, habrán creído en vano.

Les transmití, ante todo, lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, como dicen las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según estaba escrito; que se le apareció

a Pedro y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos reunidos, la mayoría de los cuales vive aún y otros ya murieron. Más tarde se le apareció a Santiago y luego a todos los apóstoles.

Finalmente, se me apareció también a mí, que soy como un aborto. [Porque yo perseguí a la Iglesia de Dios y por eso soy el último de los apóstoles e indigno de llamarme apóstol. Sin embargo, por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí; al contrario, he trabajado más que todos ellos, aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios, que está conmigo.] De cualquier manera, sea yo, sean ellos, esto es lo que nosotros predicamos y esto mismo lo que ustedes han creído. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 19

R/. Aleluya, aleluya.

Sígueme, dice el Señor, y yo los haré pescadores de hombres. **R/.**

EVANGELIO

Dejándolo todo, lo siguieron.

Del santo Evangelio según san Lucas: 5, 1-11

En aquel tiempo, Jesús estaba a orillas del lago de Genesaret y la gente se agolpaba en torno suyo para oír la palabra de Dios. Jesús vio dos barcas que estaban junto a la orilla. Los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió Jesús a una de las barcas, la de Simón, le pidió que la alejara un poco de tierra, y sentado en la barca, enseñaba a la multitud.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Lleva la barca mar adentro y echen sus redes para pescar”. Simón replicó: “Maestro, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada; pero, confiado en tu palabra, echaré las redes”. Así lo hizo y cogieron tal cantidad de pescados, que las redes se rompían. Entonces hicieron señas a sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarlos. Vinieron ellos y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús y le dijo: “¡Apártate de mí, Señor, porque soy un pecador!” Porque tanto él como sus compañeros estaban llenos de asombro al ver la pesca que habían conseguido. Lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús le dijo a Simón: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”. Luego llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Se dice Credo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, que has creado los frutos de la tierra sobre todo para ayuda de nuestra fragilidad, concédenos que también se conviertan para nosotros en sacramento de eternidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mt 5, 5-6

Dichosos los que lloran, porque serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, que quisiste hacernos participar de un mismo pan y un mismo cáliz, concédenos vivir de tal manera, que, hechos uno en Cristo, demos frutos con alegría para la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Salir de la propia zona de confort se está volviendo cada vez más complicado para una sociedad atrapada en la cultura del divertimento y la comodidad. Encuestas recientes documentan que solamente 4 de cada 100 mexicanos participan en alguna organización social encaminada al logro del bienestar general. Por otra parte se aprecian unas aspiraciones individualistas que sacrifican sin pestañear el bienestar del país y de la comunidad, con tal de alcanzar el bienestar individual. Desde estas circunstancias resulta necesario que los que confesamos a Jesús como Señor, nos dejemos confrontar por su estilo de vida y por la disponibilidad de los primeros pescadores, quienes dejándolo todo, se pusieron al servicio de sus hermanos, apoyando el movimiento de profunda renovación social y humana que latía detrás del Evangelio del Reinado de Dios, anunciado y vivido por Jesús.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Aquí estoy. Envíame a mí (Is 6,1-2a.3-8)

1ª lectura

Como introducción del llamado «Libro del Enmanuel» (7,1-12,6) se sitúa este relato sobre la vocación profética de Isaías, que durante la guerra sirio-efraimita fue enviado por el Señor a su pueblo para explicarles el sentido de lo que estaba sucediendo y dar orientaciones sobre cómo actuar en esas circunstancias.

El relato comienza con una teofanía (vv. 1-4), que constituye uno de los puntos clave del mensaje del libro de Isaías. La manifestación de Dios sentado a la manera de los antiguos reyes orientales, en medio de la corte de seres angélicos —los «serafines»— en actitud de sumo respeto y proclamando la santidad del Señor, pone de relieve la grandiosa majestad de Dios. En esta visión del profeta, Dios es presentado como el tres veces santo (v. 3), máximo superlativo que usa la lengua hebrea. Ser santo implica lo que en nuestras lenguas, con mayor desarrollo conceptual, llamamos trascendencia. Dios trasciende, está más allá de todos los otros seres, que son criaturas suyas. Santo, en hebreo, incluye también el concepto de sagrado o sacro. Quiere decir que Dios no se contamina de las limitaciones e imperfecciones de las criaturas, tanto en el orden del ser como en el del obrar.

Ante la santidad y majestad del Señor, Isaías responde con estremecimiento al sentir su propia impureza y la del pueblo (v. 5). Esta sensación de temor es habitual en las apariciones de Dios a lo largo de la historia bíblica, incluso en el anuncio del ángel a Santa María (cfr Lc 1,30: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios»). «Ante la presencia atrayente y misteriosa de Dios, el hombre descubre su pequeñez. Ante la zarza ardiente, Moisés se quita las sandalias y se cubre el rostro (cfr Ex 3,5-6) delante de la Santidad Divina. Ante la gloria del Dios tres veces santo, Isaías exclama: “¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!” (Is 6,5). Ante los signos divinos que Jesús realiza, Pedro exclama: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador” (Lc 5,8). Pero porque Dios es santo, puede perdonar al hombre que se descubre pecador delante de él: “No ejecutaré el ardor de mi cólera... porque soy Dios, no hombre; en medio de ti yo el Santo” (Os 11,9)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 208).

En el momento en que Isaías reconoce humildemente su indignidad e insignificancia ante Dios es purificado y consolado (vv. 6-7). De ese modo, a pesar de aquel primer momento de temor, viene enseguida la respuesta confiada y generosa del profeta ofreciéndose para llevar a cabo la voluntad de Dios (v. 8). «A solas con Dios, los profetas extraen luz y fuerza para su misión. Su oración no es una huida del mundo infiel, sino una escucha de la palabra de Dios; es, a veces, un debatirse o una queja, y siempre una intercesión que espera y prepara la intervención del Dios salvador, Señor de la historia (cfr Am 7,2,5; Is 6,5.8.11; Jr 1,6; 15,15-18; 20,7-18)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2584).

Cristo resucitó al tercer día, según las Escrituras (1 Co 15,1-11)

2ª lectura

Pablo recuerda el Evangelio predicado desde el primer momento por los Apóstoles, en el que se confiesa que Jesús murió, fue sepultado y resucitó al tercer día (vv. 1-4). Las apariciones (vv. 5-8) son la prueba más contundente de la realidad de la resurrección y, a la vez, constituyen la legitimación de los Apóstoles, también de Pablo, puesto que todos ellos son «testigos de la resurrección de Jesús» (cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 659). Este texto de la carta tiene especial relieve por tratarse del relato escrito más antiguo —anterior a la redacción de los evangelios— de la resurrección del Señor, cuando han transcurrido poco más de veinte años desde que ocurrió el acontecimiento: «El apóstol habla aquí de la *tradición viva de la resurrección* que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 639). La garantía de que Cristo ha resucitado la tiene el cristiano en el testimonio de la Sagrada Escritura y de los Apóstoles a los que se apareció vivo y glorioso.

Pescador de hombres (Lc 5,1-11)

Evangelio

San Lucas relata la vocación de Pedro y de los primeros discípulos de manera ligeramente distinta a los otros evangelios (cfr Mt 4,18-25; Mc 1,16-20; Jn 1,35-51). Los cuatro evangelios anotan que la llamada tuvo lugar en los inicios de la vida pública, y los cuatro recuerdan la voz apremiante de Cristo y la respuesta inmediata de los discípulos. Sin embargo, Mateo y Marcos colocan ese llamamiento como primer acto del ministerio de Jesús, subrayando así la identificación de los discípulos con su maestro; Lucas, en cambio, lo hace preceder de un breve ministerio de Jesús en Cafarnaún y de un cierto trato entre el Señor y estos Apóstoles.

La narración deja transparentar la relación especial de Jesús con Pedro ya que éste es su interlocutor a lo largo de todo el relato (cfr vv. 3.4.5.8.10), y será él quien gobierne después la barca de la Iglesia. ***Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después. ¿Qué cambia entonces? Cambia que en el alma —porque en ella ha entrado Cristo, como subió a la barca de Pedro— se presentan horizontes más amplios, más ambición de servicio, y un deseo irreprimible de anunciar a todas las criaturas las magnalia Dei (Hch 2,11), las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer*** (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, nn. 264-265).

Por otra parte, en el curso completo de los acontecimientos se vislumbra lo que va a ser la misión de la Iglesia: en nombre propio los discípulos se fatigarán y no conseguirán fruto (v. 5); en cambio, en nombre del mandato de Cristo el fruto será incluso desproporcionado (vv. 6.10). «*Duc in altum!* Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: “Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre”» (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, n. 1).

Ante las obras del Señor surge en Pedro el asombro (v. 9) y la conciencia de la indignidad personal (v. 8). Pero, entonces, como Zacarías (1,13), como la Virgen(1,30), como todas las personas elegidas por Dios para una misión, Pedro oye la palabra de Dios que le infunde confianza: «No temas» (v. 10): *Si notas que no puedes, por el motivo que sea, dile, abandonándote en Él: ¡Señor, confío en Ti, me abandono en Ti, pero ayuda mi debilidad! Y lleno de confianza, repítele: mírame, Jesús, soy un trapo sucio; la experiencia de mi vida es tan triste, no merezco ser hijo tuyo. Díselo...; y díselo muchas veces. —No tardarás en oír su voz: no timeas! —¡no temas!; o también: surge et ambula! —¡levántate y anda!* (S. Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 287).

SAN JERÓNIMO (www.iveargentina.org)

“Dejando al instante las redes...”

Y bordeando el mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, largando las redes en el mar, pues eran pescadores (Mc 1, 16). Simón, que todavía no era Pedro, pues todavía no había seguido a la Piedra (Cristo)¹, para que pudiera llamarse Pedro; Simón, pues, y su hermano Andrés estaban a la orilla y echaban las redes al mar y cogieron peces. «Vio —dice— a Simón y a Andrés, su hermano, largando las redes al mar, pues eran pescadores». El Evangelio afirma tan sólo que echaban las redes, más no que cogieran algo. Por tanto, antes de la Pasión se afirma que echaron las redes, mas no hay constancia de que capturaran algo. Después de la pasión, sin embargo, echan la red y capturan tanto que las redes se rompían (Lc 5, 6; Jn 21, 11). «Largando las redes en el mar, pues eran pescadores». Y Jesús les dijo: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.» (Mc 1, 17). ¡Feliz cambio de pesca!: Jesús les pesca a ellos, para que a su vez ellos pesquen a otros pescadores. Primero se hacen peces para ser pescados por Cristo; después ellos mismos pescarán a otros. «Jesús les dice: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres».

Y al instante, dejando sus redes, le siguieron (Mc 1, 18). «Y al instante». La fe verdadera no conoce intervalo; tan pronto se oye, cree, sigue, y se convierte en pescador. «Al instante, dejando las redes». Yo pienso que en las redes dejaron los pecados del mundo. «Y le siguieron». No era, en efecto, posible que, siguiendo a Jesús, conservaran las redes. Y caminando un poco más adelante, vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan; estaban también en la barca arreglando las redes (Mc 1, 19). Cuando se dice arreglando, se indica que se habían roto. Echaban, pues, las redes en el mar, pero, como estaban rotas, no podían capturar peces. Arreglaban las redes en el mar, es decir se sentaban en el mar, se sentaban en una pequeña barca, con su padre Zebedeo, y arreglaban las redes de la ley. He dicho esto, siguiendo una interpretación espiritual. Los que arreglaban las redes en la barca eran justamente los mismos que estaban en ella. Estaban en la barca, no en el litoral, no en tierra firme, sino en la barca, golpeados de uno y otro lado por las olas. Y al instante los llamó. Y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca, con los jornaleros, se fueron tras él (Mc 1, 20). Tal vez alguien diga: temeraria es la fe. Pues, ¿qué signos habían visto, qué majestad se les había manifestado, para que, al ser llamados, inmediatamente le siguieran? Realmente aquí se nos da a entender que los ojos y el rostro de Jesús irradiaban un algo divino y atraían hacia sí poderosamente la atención de quienes lo miraban (Mc 11, 15). De lo contrario, cuando Jesús les decía: seguidme, nunca le habrían seguido. Pues si le hubieran seguido sin una razón, más que fe habría sido temeridad. Es como si a mí, que estoy ahora aquí sentado, cualquiera que pasa me dice: ven,

¹ La piedra es Cristo, prefigurado en aquella roca, de la que los hebreos bebieron agua hecha brotar milagrosamente por Moisés. Aquí San Jerónimo une concisamente el episodio del Éxodo (17, 5-6) con las aplicaciones que saca San Pablo (1 Co 10, 4).

sígueme, y le sigo, ¿habría fe acaso en ello? ¿Por qué digo todo esto?². Porque la palabra del Señor de suyo era eficaz y hacía lo que decía. Si, pues, «habló y fueron hechas todas las cosas, ordenó y fueron creadas» (Sal 148, 5), del mismo modo los llamó y ellos al instante le siguieron.

Y al instante los llamó, y ellos al instante, dejando a su padre Zebedeo..., etc. «Escucha, hija, mira y pon atento oído, olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey se prenderá de tu belleza» (Sal 44, 11ss). «Y dejando a su padre Zebedeo en la barca». Escuchad, monjes, imitad a los apóstoles: escucha la voz del Salvador y olvídate de tu padre carnal. Mira al verdadero padre del alma y del espíritu y deja al padre corporal. Los apóstoles dejan al padre, dejan la nave, dejan todas las riquezas en un instante: dejan el mundo y todas sus infinitas riquezas. Pues todo lo que tenían lo abandonaron. Dios no se fija en la cantidad de las riquezas, sino en el espíritu de quien las deja. Quienes dejaron poco, igualmente hubieran dejado mucho. «Dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron». Poco antes hemos dicho algo de modo enigmático sobre los apóstoles, que arreglaban las redes de la ley. Rotas como estaban, no podían capturar peces; corroídas por la salobridad del mar, no podían ser reparadas si no hubiera venido la sangre de Jesús y las hubiera renovado. Dejan, por ende, a su padre Zebedeo, es decir, dejan la ley, y lo dejan plantado en la barca, en medio de las olas del mar.

Y fijaos en lo que sigue. Dejan, dice el evangelista, a su padre, es decir, la ley, con los jornaleros. Pues todo lo que hacen los judíos, lo hacen para la vida presente y son, por ello, jornaleros. «Quien cumple la ley vivirá por ella» (Lv 18, 5; Rm 10, 5), dice, no en el sentido de que gracias a la ley podrá vivir en el cielo, sino en el sentido de que por lo que hace recibe recompensa en el presente. También está escrito en Ezequiel: «Les di preceptos no buenos y mandatos no perfectos, siguiendo los cuales, vivirán según ellos» (Ez 20, 25). Según ellos viven los judíos: no buscan otra cosa que tener hijos, poseer riquezas, gozar de buena salud. Buscan todas las cosas terrenales y no piensan en ninguna de las celestes. Por ello son jornaleros. ¿Queréis saber por qué los judíos son jornaleros? El hijo aquel, que había disipado su hacienda, y que es figura de los gentiles, dice: «¡Cuántos jornaleros hay en la casa de mi padre!» (Lc 15, 17; cf. Jerón., Epis. 21, 14). «Y dejando a su padre en la barca con los jornaleros, le siguieron». Dejaron a su padre, es decir, la ley, en la barca con los jornaleros. Hasta hoy los judíos navegan, y navegan en la ley, y están en el mar, y no pueden llegar a puerto. No creyeron en el puerto, por tanto, no consiguen llegar a él.

Entran en Cafarnaúm (Mc 1, 21). ¡Feliz y hermoso!: dejan el mar, dejan la barca, dejan los vínculos de las redes, y entran en Cafarnaúm. El primer cambio es éste: dejar el mar, dejar la barca, dejar el antiguo padre, dejar los antiguos vicios. Pues en las redes y en los vínculos de las redes se dejan todos los vicios.

(Comentario al Evangelio de San Marcos, II, Mc 2, 13-31)

FRANCISCO – Homilías en Santa Marta

Escucha, renuncia y misión

5 de septiembre de 2013

Cuando el Señor pasa en nuestra vida nos dice siempre una palabra y nos hace una promesa. Pero nos pide también que nos despojemos de algo y nos confía una misión. Lo recordó el Papa

² Como habrá notado el lector, esta pregunta, que sirve para recapitular y concluir, («Hoc totum quare dico?», o «... quare dixi?») es habitual en San Jerónimo.

Francisco en la misa que celebró en la mañana del jueves, 5 de septiembre, en la capilla de la Domus Sanctae Marthae.

Comentando el episodio de la “pesca milagrosa” narrado por Lucas (Lc 5, 1-11) en el pasaje evangélico proclamado durante la liturgia, el Pontífice recordó a san Agustín, quien “repite una frase que siempre me ha impresionado. Dice: “Tengo miedo cuando pasa el Señor”. ¿Por qué? “Porque tengo miedo de que pase y no me dé cuenta”. Y el Señor pasa en nuestra vida como ha sucedido aquí, en la vida de Pedro, de Santiago, de Juan”.

En este caso el Señor ha pasado en la vida de sus discípulos con un milagro. Pero, como puntualizó el Papa, “no siempre Jesús pasa en nuestra vida con un milagro”. Aunque “se hace siempre oír. Siempre”.

Estos tres aspectos del paso de Jesús en nuestra vida –nos dice “una palabra que es una promesa”, nos pide “que nos despojemos de algo”, nos encomienda “una misión”– están bien representados en el pasaje de Lucas. El Santo Padre recordó en particular la reacción de Pedro al milagro de Jesús: “Simón, que era tan sanguíneo, fue a Él: “Pero Señor, aléjate de mí que soy pecador”. Lo sentía verdaderamente, porque él era así. ¿Y Jesús qué le dice? “No temas””.

“Bella palabra ésta, muchas veces repetida: “No tengáis miedo, no temáis””, comentó el Pontífice, añadiendo: “Y después, y aquí está la promesa, les dice: “Te haré pescador de hombres”. Siempre el Señor, cuando llega a nuestra vida, cuando pasa en nuestro corazón, nos dice una palabra y nos hace una promesa: “Ve adelante, valor, no temas: ¡tú harás esto!””. Es “una invitación a seguirle”. Y “cuando oímos esta invitación y vemos que en nuestra vida hay algo que no funciona, debemos corregirlo” y debemos estar dispuestos a dejar cualquier cosa, con generosidad. Aunque “en nuestra vida –precisó el Papa– haya algo de bueno, Jesús nos invita a dejarla para seguirle más de cerca. Es como sucedió a los apóstoles, que dejaron todo, como dice el Evangelio: “Y sacando las barcas a tierra, dejaron todo y le siguieron””.

La vida cristiana, por lo tanto, “es siempre un seguir al Señor”. Pero para seguirle primero hay que “oír qué nos dice”; y después hay que “dejar lo que en ese momento debemos dejar y seguirle”.

Finalmente está la misión que Jesús nos confía. Él, en efecto, “jamás dice: “¡Sígueme!””, sin después decir la misión. Dice siempre: “Deja y sígueme para esto””. Así que, si “vamos por el camino de Jesús –observó el Santo Padre– es para hacer algo. Ésta es la misión”.

Es “una secuencia que se repite también cuando vamos a orar”. De hecho “nuestra oración –subrayó– debe tener siempre estos tres momentos”. Ante todo la escucha de la palabra de Jesús, una palabra a través de la cual Él nos da la paz y nos asegura su cercanía. Después el momento de nuestra renuncia: debemos estar dispuestos a “dejar algo: “Señor, ¿qué quieres que deje para estarte más cerca?”. Tal vez en aquel momento no lo dice. Pero nosotros hagamos la pregunta, generosamente”. Finalmente, el momento de la misión: la oración nos ayuda siempre a entender lo que “debemos hacer”.

He aquí entonces la síntesis de nuestro orar: “Oír al Señor, tener el valor de despojarnos de algo que nos impide ir de prisa para seguirle y finalmente tomar la misión”.

¿Por qué gloriarse de los pecados?

4 de septiembre de 2014

“¿De qué cosas se puede gloriarse un cristiano? De dos cosas: de los propios pecados y de Cristo crucificado”. Y sólo una cosa cuenta verdaderamente: el encuentro con Cristo que cambia la vida de los cristianos “tibios” y transforma el rostro de las parroquias y comunidades “decadentes”. Es esta la indicación que sugirió el Papa Francisco durante la misa celebrada el jueves 4 de septiembre.

Fue la primera lectura, tomada de la primera carta de san Pablo a los corintios (1Co 3, 18-23), la que inspiró las palabras del Pontífice. El apóstol, explicó el Papa, “en estos pasajes que hemos leído en la liturgia de los días pasados, habla de la fuerza de la Palabra de Dios”. Es más, añadió, “podemos decir” que “hace como una teología de la Palabra de Dios”. Y concluye con esta reflexión: “Ninguno se engañe. Si alguno de entre vosotros se considera un sabio en este mundo, hágase necio para convertirse en sabio, porque la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios”.

En la práctica, afirmó el Pontífice, “Pablo nos dice que la fuerza de la Palabra de Dios es la que cambia el corazón, la que cambia el mundo, que nos da esperanza, que nos da vida, no se encuentra en la sabiduría humana”. Por lo tanto “no se trata de hablar bien y decir bien las cosas con inteligencia humana. No, esa es necedad”. Al contrario, “la fuerza de la Palabra de Dios viene de otra parte”. Ciertamente “pasa también por el corazón del predicador”. Y es por eso que Pablo aconseja a quienes predicán la Palabra de Dios: “hacedos necios”. Les advierte para que no pongan su seguridad “en la sabiduría del mundo”. Por lo tanto, prosigue el apóstol, “nadie se gloríe en los hombres”.

A este punto hay que preguntarse “dónde está la seguridad de Pablo, dónde encuentra la raíz de su seguridad”. Por lo demás, destacó el Papa, “también él había estudiado con los profesores más importantes de la época”. Y, sin embargo, no se vanagloriaba. Más bien, “se gloriaba sólo de dos cosas, y de lo que se gloriaba Pablo, es precisamente el lugar donde la Palabra de Dios puede llegar y ser fuerte”. En efecto, dice de sí mismo: “yo sólo me gloríe de mis pecados”. Palabras que escandalizan, comentó el Pontífice. Por lo tanto, “la fuerza de la Palabra de Dios está en ese encuentro entre mis pecados y la sangre de Cristo que me salva. Y cuando no se da ese encuentro, no hay fuerza en el corazón”. Si acabamos por olvidar esto -advirtió el Pontífice- “nos convertimos en mundanos, queremos hablar de las cosas de Dios con lenguaje humano, y no sirve”, porque “no da vida”.

Por lo tanto, es decisivo “el encuentro entre mis pecados y Cristo”. Es lo que sucede cuando, en el pasaje del Evangelio de Lucas (Lc 5, 1-11), Jesús dice a Simón que reme mar adentro y eche las redes para pescar. Y Pedro, observó el Papa Francisco, le responde: “hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero por tu palabra, echaré las redes”. Y así, prosiguió, sucedió “la pesca milagrosa”.

Ante este hecho, “¿qué piensa Pedro?”, se preguntó el obispo de Roma. Su reacción no es de satisfacción por el inesperado resultado de la pesca o por la futura ganancia. Él -explicó el Papa- “sólo ve a Cristo, ve su fuerza y se ve a sí mismo”. Así, se echó a los pies de Jesús diciendo: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador”.

Para Pedro tuvo lugar “este encuentro con Jesucristo”, el encuentro entre sus pecados y la fuerza del Señor que salva. En esta situación, evidenció el Pontífice, “el signo de la salvación fue el milagro de la pesca; el lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo son los propios pecados”.

“Si un cristiano -continuó el Papa Francisco- no es capaz de sentirse pecador y salvado por la sangre de Cristo crucificado, es un cristiano a mitad de camino, es un cristiano tibio”. Y, “cuando encontramos iglesias decadentes, cuando encontramos parroquias decadentes, instituciones

decadentes, seguramente los cristianos que están allí jamás han encontrado a Jesucristo o se han olvidado de ese encuentro con Jesucristo”.

“La fuerza de la vida cristiana y la fuerza de la Palabra de Dios -explicó de nuevo- está precisamente en ese momento donde yo, pecador, encuentro a Jesucristo. Y ese encuentro hace dar un giro a la vida, cambia la vida. Y te da la fuerza para anunciar la salvación a los demás”.

Las palabras de Pablo y el Evangelio de Lucas plantean a los creyentes “muchas preguntas”. Según el Pontífice sería necesario preguntarse a uno mismo: “¿Soy capaz de decir al Señor: soy pecador?”. Una cuestión que no es teórica sino práctica, porque el examen de conciencia se refiere, sobre todo, a la capacidad de reconocer “el pecado concreto”. El Papa sugirió entonces otras preguntas para hacerse a sí mismos: “¿Soy capaz de creer que precisamente Él, con su sangre, me ha salvado del pecado y me ha dado una vida nueva? ¿Confío en Cristo? ¿Me glorío de la cruz de Cristo? Me glorío también de mis pecados, en este sentido?”.

El Papa Francisco aconsejó, al respecto, volver al momento del “encuentro con Jesucristo”, para verificar que no nos hemos olvidado y preguntarse: “¿He encontrado a Jesucristo? ¿He sentido su fuerza?”. Son interrogantes fundamentales, concluyó, porque “cuando un cristiano olvida este encuentro pierde su fuerza: es tibio, es incapaz de dar a los demás, con fuerza, la Palabra de Dios”.

Doble confesión

3 de septiembre de 2015

Sólo quien es humilde y sabe reconocer su condición de pecador es capaz de dejarse encontrar realmente por el Señor. Las características del encuentro personal con Jesús ocuparon el centro de la reflexión del Papa Francisco durante la misa que celebró el jueves 3 de septiembre en Santa Marta.

El Pontífice, para su homilía, se inspiró en el Evangelio del día, el de Lucas (Lc 5, 1-11), donde se invita a Pedro a tirar las redes tras una noche de pesca infructuosa. «Es la primera vez que sucede eso, esa pesca milagrosa. Pero después de la resurrección habrá otra, con características semejantes», destacó. Y ante el gesto de Simón Pedro, que se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador», el Papa Francisco inició una meditación sobre cómo «Jesús encontraba a la gente y cómo la gente encontraba a Jesús».

Ante todo, Jesús iba por las calles, «la mayor parte de su tiempo lo pasaba por las calles, con la gente; luego, ya tarde, se retiraba solo para rezar». Así, pues, Él «iba al encuentro de la gente», la buscaba. Pero la gente, se preguntó el Papa, ¿cómo iba al encuentro de Jesús? Esencialmente, de «dos formas». Una es precisamente la que vemos en Pedro, y que es también la misma «que tenía el pueblo». El Evangelio, destacó el Pontífice, «usa la misma palabra para esta gente, para el pueblo, para los apóstoles, para Pedro»: o sea que ellos, al encontrarse con Jesús, «quedaron “asombrados”». Pedro, los apóstoles, el pueblo, manifiestan «este sentimiento de asombro» y dicen: «Pero este habla con autoridad».

Por otro lado, en los Evangelios se lee sobre «otro grupo que se encontraba con Jesús» pero que «no permitía que entrase el asombro en su corazón». Son los doctores de la Ley, quienes escuchaban a Jesús y hacían sus cálculos: «Es inteligente, es un hombre que dice cosas verdaderas, pero a nosotros no nos convienen esas cosas». En realidad, «tomaban distancia». Había también otros «que escuchaban a Jesús», y eran los «demonios», como se deduce del pasaje evangélico de la liturgia del miércoles 2, donde está escrito que Jesús «al imponer sus manos sobre cada uno los

curaba, y de muchos salían también demonios, gritando: “Tu eres el Hijo de Dios”». Explicó el Papa: «Tanto los demonios como los doctores de la Ley o los malvados fariseos, no tenían capacidad de asombro, estaban encerrados en su suficiencia, en su soberbia».

En cambio, el pueblo y Pedro contaban con el asombro. «¿Cuál es la diferencia?», se preguntó el Papa Francisco. De hecho, explicó, Pedro «confiesa» lo que confiesan los demonios. «Cuando Jesús en Cesarea de Filipo pregunta: “¿Quién soy yo?”» y él responde «Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Mesías», Pedro «hace su confesión, dice quién es Él». Y también los demonios hacen lo mismo, reconocen que Jesús es el Hijo de Dios. Pero Pedro añade «otra cosa que no dicen los demonios». Habla de sí mismo y dice: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Ni los fariseos ni los doctores de la Ley ni los demonios «pueden decir esto», no son capaces de hacerlo. «Los demonios –explicó el Papa Francisco– llegan a decir la verdad acerca de Él, pero acerca de ellos mismos no dicen nada», porque «la soberbia es tan grande que les impide decirlo».

También los doctores de la Ley reconocen: «Este es inteligente, es un rabino capaz, hace milagros». Pero no son capaces de añadir: «Nosotros somos soberbios, no somos suficientes, somos pecadores».

He aquí, entonces, la enseñanza válida para cada uno: «La incapacidad de reconocernos pecadores nos aleja de la verdadera confesión de Jesucristo». Precisamente esta «es la diferencia». Lo da a entender Jesús mismo «en esa hermosa parábola del publicano y el fariseo en el templo», donde se encuentra «la soberbia del fariseo ante el altar». El hombre habla de sí mismo, pero nunca dice: «Yo soy pecador, me he equivocado». Frente a él se contraponen «la humildad del publicano que no se atreve a levantar los ojos», y sólo dice: «Piedad, Señor, soy pecador». Y es precisamente «esta capacidad de decir que somos pecadores» la que nos abre «al asombro del encuentro de Jesús, el verdadero encuentro».

En este punto el Papa dirigió la mirada a la realidad actual: «También en nuestras parroquias, en nuestras sociedades, incluso entre las personas consagradas: ¿cuántas personas son capaces de decir que Jesús es el Señor? ¡Muchas!». Pero es difícil oír «decir sinceramente: “Soy un pecador, soy una pecadora”». Probablemente, precisó, «es más fácil decirlo de los demás, cuando se critica» y se señala: «Este, aquel, este sí...». En esto, destacó el Papa Francisco, «todos somos doctores».

En cambio, «para llegar a un auténtico encuentro con Jesús es necesaria la doble confesión: “Tú eres el Hijo de Dios y yo soy un pecador”. Pero «no en teoría»: debemos ser honestos con nosotros mismos, capaces de detectar nuestros errores y admitir: soy pecador «por esto, por esto, por esto y por esto...».

Volviendo al hecho evangélico, el Pontífice recordó cómo tal vez Pedro, más tarde, haya «olvidado ese asombro del encuentro», ese asombro que experimentó cuando Jesús le dijo: «Tú eres Simón, hijo de Jonás, pero te llamarás Pedro». Tanto que un día, Pedro mismo «que hizo esta doble confesión», negará al Señor. Pero, al ser «humilde», se deja incluso «encontrar por el Señor y cuando sus miradas de encuentran, él llora, vuelve a la confesión: “Soy pecador”».

A la luz de todo esto, el deseo final del Papa Francisco: «Que el Señor nos dé la gracia de encontrarlo, pero también de dejarnos encontrar por Él». La gracia, «tan hermosa», del «asombro del encuentro», pero también «la gracia de contar en nuestra vida con la doble confesión: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, creo. Y yo soy un pecador, creo”».

BENEDICTO XVI – Ángelus 2010 y 2013

2010

Ante la llamada divina no ver las propias limitaciones, sino mirar al Señor

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de este quinto domingo del tiempo ordinario nos presenta el tema de la llamada divina. En una visión majestuosa, Isaías se encuentra en presencia del Señor tres veces Santo y lo invade un gran temor y el sentimiento profundo de su propia indignidad. Pero un serafín purifica sus labios con un ascua y borra su pecado, y él, sintiéndose preparado para responder a la llamada, exclama: “Heme aquí, Señor, envíame” (cf. Is 6, 1-2.3-8). La misma sucesión de sentimientos está presente en el episodio de la pesca milagrosa, de la que nos habla el pasaje evangélico de hoy. Invitados por Jesús a echar las redes, a pesar de una noche infructuosa, Simón Pedro y los demás discípulos, fiándose de su palabra, obtienen una pesca sobreabundante. Ante tal prodigio, Simón Pedro no se echa al cuello de Jesús para expresar la alegría de aquella pesca inesperada, sino que, como explica el evangelista san Lucas, se arroja a sus pies diciendo: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”. Jesús, entonces, le asegura: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres” (cf. Lc 5, 10); y él, dejándolo todo, lo sigue.

También san Pablo, recordando que había sido perseguidor de la Iglesia, se declara indigno de ser llamado apóstol, pero reconoce que la gracia de Dios ha hecho en él maravillas y, a pesar de sus limitaciones, le ha encomendado la tarea y el honor de predicar el Evangelio (cf. 1Co 15, 8-10). En estas tres experiencias vemos cómo el encuentro auténtico con Dios lleva al hombre a reconocer su pobreza e insuficiencia, sus limitaciones y su pecado. Pero, a pesar de esta fragilidad, el Señor, rico en misericordia y en perdón, transforma la vida del hombre y lo llama a seguirlo. La humildad de la que dan testimonio Isaías, Pedro y Pablo invita a los que han recibido el don de la vocación divina a no concentrarse en sus propias limitaciones, sino a tener la mirada fija en el Señor y en su sorprendente misericordia, para convertir el corazón, y seguir “dejándolo todo” por él con alegría. De hecho, Dios no mira lo que es importante para el hombre: “El hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón” (1S 16, 7), y a los hombres pobres y débiles, pero con fe en él, los vuelve apóstoles y heraldos intrépidos de la salvación.

En este Año sacerdotal, roguemos al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies y para que los que escuchen la invitación del Señor a seguirlo, después del necesario discernimiento, sepan responderle con generosidad, no confiando en sus propias fuerzas, sino abriéndose a la acción de su gracia. En particular, invito a todos los sacerdotes a reavivar su generosa disponibilidad para responder cada día a la llamada del Señor con la misma humildad y fe de Isaías, de Pedro y de Pablo.

Encomendemos a la Virgen santísima todas las vocaciones, particularmente las vocaciones a la vida religiosa y sacerdotal. Que María suscite en cada uno el deseo de pronunciar su propio “sí” al Señor con alegría y entrega plena.

2013

La debilidad humana no debe causar miedo si Dios llama: confiar en su misericordia

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de hoy, el Evangelio según san Lucas presenta el relato de la llamada de los primeros discípulos, con una versión original respecto a los otros dos sinópticos: Mateo y Marcos

(cf. *Mt* 4, 18-22; *Mc* 1, 16-20). La llamada, en efecto, está precedida por la enseñanza de Jesús a la multitud y por una pesca milagrosa, realizada por voluntad del Señor (*Lc* 5, 1-6). De hecho, mientras la muchedumbre se agolpa en la orilla del lago de Genesaret para escuchar a Jesús, Él ve a Simón desanimado por no haber pescado nada durante toda la noche. En primer lugar le pregunta si puede subir a la barca para predicar a la gente, ya que estaba a poca distancia de la orilla. Después, terminada la predicación, le pide que se dirija mar adentro con sus compañeros y que eche las redes (cf. v. 5). Simón obedece, y pescan una cantidad increíble de peces. De este modo, el evangelista hace ver que los primeros discípulos siguieron a Jesús confiando en Él, apoyándose en su Palabra, acompañada también por signos prodigiosos. Observamos que, antes de este signo, Simón se dirige a Jesús llamándole «Maestro» (v. 5), y después le llama «Señor» (v. 7). Es la pedagogía de la llamada de Dios, que no mira tanto la calidad de los elegidos, sino su fe, como la de Simón que dice: «Por tu palabra, echaré las redes» (v. 5).

La imagen de la pesca remite a la misión de la Iglesia. Comenta al respecto san Agustín: «Dos veces los discípulos se pusieron a pescar por orden del Señor: una vez antes de la pasión y otra después de la resurrección. En las dos pescas está representada toda la Iglesia: la Iglesia como es ahora y como será después de la resurrección de los muertos. Ahora acoge a una multitud imposible de enumerar, que comprende a los buenos y a los malos; después de la resurrección comprenderá sólo a los buenos» (*Discurso* 248, 1). La experiencia de Pedro, ciertamente singular, también es representativa de la llamada de todo apóstol del Evangelio, que jamás debe desanimarse al anunciar a Cristo a todos los hombres, hasta los confines del mundo. Sin embargo, el texto de hoy hace reflexionar sobre la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada. La vocación es obra de Dios. El hombre no es autor de su propia vocación, sino que da respuesta a la propuesta divina; y la debilidad humana no debe causar miedo si Dios llama. Es necesario tener confianza en su fuerza que actúa precisamente en nuestra pobreza; es necesario confiar cada vez más en el poder de su misericordia, que transforma y renueva.

Queridos hermanos y hermanas, que esta Palabra de Dios reavive también en nosotros y en nuestras comunidades cristianas la valentía, la confianza y el impulso para anunciar y testimoniar el Evangelio. Que los fracasos y las dificultades no induzcan al desánimo: a nosotros nos corresponde echar las redes con fe, el Señor hace el resto. Confiamos también en la intercesión de la Virgen María, Reina de los Apóstoles. Ella, bien consciente de su pequeñez, respondió a la llamada del Señor con total entrega: «Heme aquí». Con su ayuda materna, renovemos nuestra disponibilidad a seguir a Jesús, Maestro y Señor.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Todos estamos llamados a seguir a Cristo

520 Durante toda su vida, Jesús se muestra como *nuestro modelo* (cf. *Rm* 15,5; *Flp* 2, 5): Él es el “hombre perfecto” (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar (cf. *Jn* 13, 15); con su oración atrae a la oración (cf. *Lc* 11, 1); con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones (cf. *Mt* 5, 11-12).

618 La Cruz es el único sacrificio de Cristo “único mediador entre Dios y los hombres” (*1 Tm* 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, “se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22,

2) Él “ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida [...] se asocien a este misterio pascual” (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a “tomar su cruz y a seguirle” (Mt 16, 24) porque Él “sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas” (1 P 2, 21). Él quiere, en efecto, asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35):

«Esta es la única verdadera escala del paraíso, fuera de la Cruz no hay otra por donde subir al cielo» (Santa Rosa de Lima, cf. P. Hansen, *Vita mirabilis*, Lovaina, 1668)

923 “Formulando el propósito santo de seguir más de cerca a Cristo, [las vírgenes] son consagradas a Dios por el obispo diocesano según el rito litúrgico aprobado, celebran desposorios místicos con Jesucristo, Hijo de Dios, y se entregan al servicio de la Iglesia” (CIC, can. 604, 1). Por medio este rito solemne (*Consecratio virginum, Consagración de vírgenes*), “la virgen es constituida en persona consagrada” como “signo transcendente del amor de la Iglesia hacia Cristo, imagen escatológica de esta Esposa del Cielo y de la vida futura” (*Rito de consagración de vírgenes*, Prenotandos, 1).

1618 Cristo es el centro de toda vida cristiana. El vínculo con Él ocupa el primer lugar entre todos los demás vínculos, familiares o sociales (cf. Lc 14,26; Mc 10,28-31). Desde los comienzos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que han renunciado al gran bien del matrimonio para seguir al Cordero dondequiera que vaya (cf. Ap 14,4), para ocuparse de las cosas del Señor, para tratar de agradarle (cf. 1 Co 7,32), para ir al encuentro del Esposo que viene (cf. Mt 25,6). Cristo mismo invitó a algunos a seguirle en este modo de vida del que Él es el modelo:

«Hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda» (Mt 19,12).

1642 *Cristo es la fuente de esta gracia.* “Pues de la misma manera que Dios en otro tiempo salió al encuentro de su pueblo por una alianza de amor y fidelidad, ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, mediante el sacramento del Matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos” (GS 48,2). Permanece con ellos, les da la fuerza de seguirle tomando su cruz, de levantarse después de sus caídas, de perdonarse mutuamente, de llevar unos las cargas de los otros (cf. Ga 6,2), de estar “sometidos unos a otros en el temor de Cristo” (Ef 5,21) y de amarse con un amor sobrenatural, delicado y fecundo. En las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero:

«¿De dónde voy a sacar la fuerza para describir de manera satisfactoria la dicha del matrimonio que celebra la Iglesia, que confirma la ofrenda, que sella la bendición, que los ángeles proclaman, y el Padre celestial ratifica? [...]. ¡Qué matrimonio el de dos cristianos, unidos por una sola esperanza, un solo deseo, una sola disciplina, el mismo servicio! Los dos hijos de un mismo Padre, servidores de un mismo Señor; nada los separa, ni en el espíritu ni en la carne; al contrario, son verdaderamente dos en una sola carne. Donde la carne es una, también es uno el espíritu (Tertuliano, *Ad uxorem* 2,9; cf. FC 13).

2053 A esta primera respuesta se añade una segunda: “Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme” (Mt 19, 21). Esta respuesta no anula la primera. El seguimiento de Jesucristo implica cumplir los mandamientos. La Ley no es abolida (cf. Mt 5, 17), sino que el hombre es invitado a encontrarla en la persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta. En los tres evangelios sinópticos la llamada de Jesús, dirigida al joven rico, de seguirle en la obediencia del discípulo, y en la observancia de los

preceptos, es relacionada con el llamamiento a la pobreza y a la castidad (cf *Mt* 19, 6-12. 21. 23-29). Los consejos evangélicos son inseparables de los mandamientos.

El temor de la presencia de Dios contra la presunción

2144 La deferencia respecto a su Nombre expresa la que es debida al misterio de Dios mismo y a toda la realidad sagrada que evoca. El *sentido de lo sagrado* pertenece a la virtud de la religión:

«Los sentimientos de temor y de “lo sagrado” ¿son sentimientos cristianos o no? [...] Nadie puede dudar razonablemente de ello. Son los sentimientos que tendríamos, y en un grado intenso, si tuviésemos la visión del Dios soberano. Son los sentimientos que tendríamos si verificásemos su presencia. En la medida en que creemos que está presente, debemos tenerlos. No tenerlos es no verificar, no creer que está presente» (B. Juan Enrique Newman, *Parochial and Plain Sermons*, v. 5, Sermon 2).

2732 La tentación más frecuente, la más oculta, es nuestra *falta de fe*. Esta se expresa menos en una incredulidad declarada que en unas preferencias de hecho. Cuando se empieza a orar, se presentan como prioritarios mil trabajos y cuidados que se consideran más urgentes; una vez más, es el momento de la verdad del corazón y de su más profundo deseo. Mientras tanto, nos volvemos al Señor como nuestro único recurso; pero ¿alguien se lo cree verdaderamente? Consideramos a Dios como asociado a la alianza con nosotros, pero nuestro corazón continúa en la arrogancia. En cualquier caso, la falta de fe revela que no se ha alcanzado todavía la disposición propia de un corazón humilde: «Sin mí, no podéis hacer nada» (*Jn* 15, 5).

Los Apóstoles testigos de la Resurrección

631 “Jesús bajó a las regiones inferiores de la tierra. Este que bajó es el mismo que subió” (*Ef* 4, 9-10). El Símbolo de los Apóstoles confiesa en un mismo artículo de fe el descenso de Cristo a los infiernos y su Resurrección de los muertos al tercer día, porque es en su Pascua donde, desde el fondo de la muerte, Él hace brotar la vida:

*Christus, Filius tuus,
qui, regressus ab inferis,
humano generi serenus illuxit,
et vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen.*

*(Es Cristo, tu Hijo resucitado,
que, al salir del sepulcro,
brilla sereno para el linaje humano,
y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos. Amén).*

(Vigilia Pascual, *Pregón pascual* [«Exultet»]: Misal Romano)

Párrafo 1

CRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

632 Las frecuentes afirmaciones del Nuevo Testamento según las cuales Jesús “resucitó de entre los muertos” (*Hch* 3, 15; *Rm* 8, 11; *I Co* 15, 20) presuponen que, antes de la resurrección, permaneció en la morada de los muertos (cf. *Hb* 13, 20). Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos; Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf. *I P* 3,18-19).

633 La Escritura llama infiernos, sheol, o hades (cf. *Flp* 2, 10; *Hch* 2, 24; *Ap* 1, 18; *Ef* 4, 9) a la morada de los muertos donde bajó Cristo después de muerto, porque los que se encontraban allí estaban privados de la visión de Dios (cf. *Sal* 6, 6; 88, 11-13). Tal era, en efecto, a la espera del Redentor, el estado de todos los muertos, malos o justos (cf. *Sal* 89, 49; *I S* 28, 19; *Ez* 32, 17-32), lo que no quiere decir que su suerte sea idéntica como lo enseña Jesús en la parábola del pobre Lázaro recibido en el “seno de Abraham” (cf. *Lc* 16, 22-26). “Son precisamente estas almas santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Jesucristo liberó cuando descendió a los infiernos” (*Catecismo Romano*, 1, 6, 3). Jesús no bajó a los infiernos para liberar a los condenados (cf. Concilio de Roma, año 745: DS, 587) ni para destruir el infierno de la condenación (cf. Benedicto XII, *Libelo Cum dudum*: DS, 1011; Clemente VI, c. *Super quibusdam*: *ibíd.*, 1077) sino para liberar a los justos que le habían precedido (cf. Concilio de Toledo IV, año 625: DS, 485; cf. también *Mt* 27, 52-53).

634 “Hasta a los muertos ha sido anunciada la Buena Nueva...” (*I P* 4, 6). El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo pero inmensamente amplia en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la Redención.

635 Cristo, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte (cf. *Mt* 12, 40; *Rm* 10, 7; *Ef* 4, 9) para “que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan” (*Jn* 5, 25). Jesús, “el Príncipe de la vida” (*Hch* 3, 15) aniquiló “mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (*Hb* 2, 14-15). En adelante, Cristo resucitado “tiene las llaves de la muerte y del Infierno” (*Ap* 1, 18) y “al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos” (*Flp* 2, 10).

«Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo [...] Va a buscar a nuestro primer Padre como si éste fuera la oveja perdida. Quiere visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. Él, que es la mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de sus dolores a Adán y a Eva [...] Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu Hijo. A ti te mando: Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos» (Antigua homilía sobre el grande y santo Sábado: PG 43, 440. 452. 461).

Resumen

636 En la expresión “Jesús descendió a los infiernos”, el símbolo confiesa que Jesús murió realmente, y que, por su muerte en favor nuestro, ha vencido a la muerte y al diablo “Señor de la muerte” (*Hb* 2, 14).

637 Cristo muerto, en su alma unida a su persona divina, descendió a la morada de los muertos. Abrió las puertas del cielo a los justos que le habían precedido.

638 “Os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús (*Hch* 13, 32-33). La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz:

Cristo ha resucitado de los muertos,

*con su muerte ha vencido a la muerte.
Y a los muertos ha dado la vida.*

(Liturgia bizantina: *Tropario del día de Pascua*)

I. El acontecimiento histórico y trascendente

639 El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento. Ya san Pablo, hacia el año 56, puede escribir a los Corintios: “Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce: “(*1 Co 15, 3-4*). El apóstol habla aquí de *la tradición viva de la Resurrección* que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco (cf. *Hch 9, 3-18*).

El sepulcro vacío

640 “¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado” (*Lc 24, 5-6*). En el marco de los acontecimientos de Pascua, el primer elemento que se encuentra es el sepulcro vacío. No es en sí una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro podría explicarse de otro modo (cf. *Jn 20,13; Mt 28, 11-15*). A pesar de eso, el sepulcro vacío ha constituido para todos un signo esencial. Su descubrimiento por los discípulos fue el primer paso para el reconocimiento del hecho de la Resurrección. Es el caso, en primer lugar, de las santas mujeres (cf. *Lc 24, 3. 22- 23*), después de Pedro (cf. *Lc24, 12*). “El discípulo que Jesús amaba” (*Jn 20, 2*) afirma que, al entrar en el sepulcro vacío y al descubrir “las vendas en el suelo” (*Jn 20, 6*) “vio y creyó” (*Jn 20, 8*). Eso supone que constató en el estado del sepulcro vacío (cf. *Jn 20, 5-7*) que la ausencia del cuerpo de Jesús no había podido ser obra humana y que Jesús no había vuelto simplemente a una vida terrenal como había sido el caso de Lázaro (cf. *Jn 11, 44*).

Las apariciones del Resucitado

641 María Magdalena y las santas mujeres, que iban a embalsamar el cuerpo de Jesús (cf. *Mc 16,1; Lc 24, 1*) enterrado a prisa en la tarde del Viernes Santo por la llegada del Sábado (cf. *Jn 19, 31. 42*) fueron las primeras en encontrar al Resucitado (cf. *Mt 28, 9-10; Jn 20, 11-18*). Así las mujeres fueron las primeras mensajeras de la Resurrección de Cristo para los propios Apóstoles (cf. *Lc 24, 9-10*). Jesús se apareció en seguida a ellos, primero a Pedro, después a los Doce (cf. *1 Co 15, 5*). Pedro, llamado a confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc 22, 31-32*), ve por tanto al Resucitado antes que los demás y sobre su testimonio es sobre el que la comunidad exclama: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” (*Lc 24, 34*).

642 Todo lo que sucedió en estas jornadas pascuales compromete a cada uno de los Apóstoles —y a Pedro en particular— en la construcción de la era nueva que comenzó en la mañana de Pascua. Como testigos del Resucitado, los Apóstoles son las piedras de fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y de los que la mayor parte aún vivían entre ellos. Estos “testigos de la Resurrección de Cristo” (cf. *Hch 1, 22*) son ante todo Pedro y los Doce, pero no solamente ellos: Pablo habla claramente de más de quinientas personas a las que se apareció Jesús en una sola vez, además de Santiago y de todos los Apóstoles (cf. *1 Co 15, 4-8*).

643 Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por Él de

antemano (cf. *Lc* 22, 31-32). La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, nos presentan a los discípulos abatidos (“la cara sombría”: *Lc* 24, 17) y asustados (cf. *Jn* 20, 19). Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y “sus palabras les parecían como desatinos” (*Lc* 24, 11; cf. *Mc* 16, 11. 13). Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua “les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado” (*Mc* 16, 14).

644 Tan imposible les parece la cosa que, incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos dudan todavía (cf. *Lc* 24, 38): creen ver un espíritu (cf. *Lc* 24, 39). “No acaban de creerlo a causa de la alegría y estaban asombrados” (*Lc* 24, 41). Tomás conocerá la misma prueba de la duda (cf. *Jn* 20, 24-27) y, en su última aparición en Galilea referida por Mateo, “algunos sin embargo dudaron” (*Mt* 28, 17). Por esto la hipótesis según la cual la resurrección habría sido un “producto” de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació —bajo la acción de la gracia divina— de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Pescador de hombres

El Evangelio de este Domingo es conocido como el Evangelio de la pesca milagrosa. Antes de descender a los detalles, es útil traer a la mente o recordar el conjunto del relato. Entre otras cosas, esta página del Evangelio nos ayuda a hacernos una idea bastante fiel de cómo en la práctica se desarrollaba la actividad de Jesús y del mundo que le rodeaba.

Un día Jesús estaba enseñando en la orilla del lago de Genesaret. Mientras otra gente iba llegando, él se veía como empujado siempre más hacia la orilla hasta que fue obligado a subirse sobre una barca y a separarse un poco de la orilla para poder continuar hablando a la gente. Habiendo terminado de hablar, expresó al propietario de la barca, que se llamaba Simón, de remar mar adentro y calar las redes para la pesca. Simón le hizo observar que precisamente no era una jornada buena para la pesca; pero, que fiado en su palabra echaría las redes. El resto ya lo sabemos. Recogieron tal cantidad de peces que tuvieron necesidad de hacerse ayudar por otra barca, que estaba por aquel lugar. Era el milagro que hacía falta para convencer a un pescador, como era Simón Pedro. Éste se arrojó a los pies de Jesús diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador». Pero, Jesús le respondió con estas palabras, que representan la culminación del relato y el motivo por el que el episodio ha sido recordado: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres».

Jesús se ha servido de dos imágenes para ilustrar el deber de sus colaboradores: la de pescadores y la de pastores. Ambas imágenes tienen necesidad hoy de ser explicadas, si no queremos que el hombre moderno las halle poco respetuosas a su dignidad y las rechace. ¡A nadie le gusta hoy ser llamado «pescado» por alguien o ser una «oveja» del rebaño!

La primera observación a hacer es ésta. En la pesca ordinaria, el pescador busca su utilidad y, ciertamente, no la de los peces. Lo mismo, el pastor; él apacienta y custodia el rebaño, no para el bien de la grey sino para el propio bien: ya que el rebaño le da leche, lana y corderillos. En el significado evangélico, acontece lo contrario: es el pescador el que sirve al pescado; es el pastor el que se sacrifica por las ovejas, hasta dar la vida por ellas.

Por otra parte, cuando se trata de hombres, ser «pescados» o «repescados», no es una desgracia sino la salvación. Pensemos en las personas dominadas por las olas, en alta mar, después de un naufragio, de noche, con el frío. Preguntadles a ellos si, en este caso, consideran humillante ver una red o una lancha lanzada hacia ellos o no lo consideran como la suprema de sus aspiraciones. Es así como debemos concebir el quehacer de los pescadores de hombres: como un lanzar una chalupa de salvamento a quienes, frecuentemente, combaten la propia vida en el mar en la tempestad.

Pero, la dificultad, de la que hablaba, apunta bajo otra forma. Pongamos, incluso, que tenemos necesidad de pastores y de pescadores. Pero, ¿por qué algunas personas deben tener el papel de pescadores y otras el de peces o pescados?; ¿algunas el de pastores y otras el de ovejas o rebaño? La relación entre el pescador y los peces, como el del pastor y las ovejas, sugiere una idea de desigualdad, de superioridad. A nadie le gusta ser un número cualquiera en el rebaño y reconocer por encima de él a un pastor. El lema de la revolución francesa: «Igualdad, libertad, fraternidad» encuentra un eco profundo en el corazón de todo hombre moderno.

Aquí debemos tener a menos un prejuicio. En la Iglesia nadie es sólo pescador o sólo pastor y nadie es sólo un pescadillo o una ovejita. Todos somos, a la vez, a título distinto, una y otra cosa. Cristo es el único, que solamente es pescador y solamente pastor. Antes de llegar a ser pescador de hombres, Pedro ha sido él mismo pescado y repescado muchas veces. Fue repescado cuando, caminando sobre las aguas, tuvo miedo y estuvo hasta a punto de hundirse. Fue repescado, sobre todo, después de su traición. Debíó experimentar qué significa ser una «oveja descarriada» para que aprendiese qué significa ser un buen pastor; debíó ser repescado desde el fondo del abismo, en el que había caído, para que aprendiese qué quiere decir ser pescador de hombres.

Uno que había entendido muy bien todo esto fue san Agustín. En el día del aniversario de su ordenación episcopal, hablando al pueblo, decía: «Para vosotros yo soy obispo; pero, con vosotros soy cristiano». Lo más importante de lo que distingue al clero y a los laicos, pastores y ovejas, es lo que les une y les pone en común. Ciertamente, decía todavía Agustín, nosotros pastores somos vuestros maestros en la fe, ejercitamos un magisterio; pero, a un nivel más profundo, somos todos «condiscípulos» del mismo Maestro, que es Cristo (san Agustín, *Sermones* 340, 1 y 340A, 4).

Los dos deberes de los pastores y de los pescadores vienen interpretados a la luz de otro título, que los resume todos, el de siervos o esclavos. «El que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos» (*Marcos* 10,44; *Mateo* 20, 26). San Pablo ha dado una definición maravillosa del apóstol y del pastor de la Iglesia. Dice: «No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestro gozo» (*2 Corintios* 1,24).

¡Colaboradores en el gozo de la gente! Sinceramente, debemos reconocer que no siempre ha sido así. Tal vez, hemos merecido el impropio que Ezequiel dirigía a los malos pastores de Israel, esto es, el apacentarse a sí mismos en vez de hacerlo al rebaño (cfr. *Ezequiel* 34, 1ss.). Entre los muchos perdones que la Iglesia pide hoy (a los científicos, a los hebreos, a los indios, a las mujeres) hay, posiblemente, uno que añadir: el del clero a los laicos. Y esta es, quizás, una buena ocasión para comenzar, visto que, de cualquier modo, también yo pertenezco al clero. ¡Jesús ha querido para su Iglesia al clero; no, el clericalismo!

Pero, los abusos de autoridad no deben hacernos olvidar el heroísmo de tantos pescadores de hombres, que han dado la vida y continúan también dándola hoy en el ejercicio de su misión en tierras lejanas. ¿Cómo no incluir entre ellos al sucesor de Simón Pedro, Juan Pablo II? Él literalmente se ha consumido en el esfuerzo de recorrer el mundo para anunciar a todos el Evangelio.

Ha obedecido el mandato, que Jesús dio aquel día a Simón: «Rema mar adentro». En él vemos plenamente realizada la promesa de Jesús a Pedro: «Serás pescador de hombres».

Pero, es necesario sacar una conclusión práctica de lo que hemos dicho. Si, a título distinto, todos los bautizados son pescados y pescadores a la vez, entonces, se abre aquí un gran campo de acción para los laicos. Nosotros sacerdotes estamos más preparados para hacer de *pastores* que no de *pescadores*. Encontramos más fácil nutrir con la Palabra y los sacramentos a las personas, que vienen espontáneamente a la iglesia, que no tener que ir nosotros mismos a buscar a los alejados. Por lo tanto, permanece manifiesto en gran parte el papel de pescadores. Los laicos cristianos, por su más directa inserción en la sociedad, son colaboradores insustituibles en este deber. El Evangelio de este Domingo contiene un detalle instructivo. Una vez caladas las redes en la palabra de Jesús, Pedro y los que estaban con él en la barca cogieron tal cantidad de peces que las redes se rompían. Entonces, está escrito, «Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían».

También hoy, el sucesor de Pedro y los que están con él en la barca, los obispos y los sacerdotes, hacen señal a los de la otra barca para que vengan a ayudarles. Piden a los laicos que hagan llegar el anuncio del Evangelio en la familia, en el ambiente de trabajo, en todo el tejido de la sociedad. Es el mensaje que el Papa ha dirigido a los laicos en la encíclica *Christifideles laici* con las palabras del Evangelio: «Id también vosotros a mi viña» (*Mateo 20,4*).

Cada conversión auténtica es la historia de un pasar de pescado a pescador. Uno de los primeros, que vivió esta aventura, fue precisamente nuestro amigo san Agustín. Convertido por las oraciones de la madre y bautizado por san Ambrosio, a continuación, llegó él mismo a ser un gran pescador de hombres. Escuchando la narración de los hombres y de las mujeres, que se habían convertido a Cristo, un día él se dijo a sí mismo: «Si éstos y éstas, ¿por qué yo no?» Esto es: si han podido hacerlo ellos, ¿por qué no podré hacerlo también yo? Son las palabras que yo quisiera que repitieran dentro sí muchos laicos, que hoy están leyendo esta reflexión sobre el Evangelio.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Vivir ante Dios para los hombres

La escena que nos narra san Lucas es siempre actual. Cada uno somos capaces de reconocer que, con cierta frecuencia, a pesar de nuestro esfuerzo, poco más hemos conseguido aparte de cansarnos. Quizá muchas veces no. Suele suceder, en efecto, que, en mayor o menor medida, recogemos los frutos buscados y eso nos anima a seguir adelante, a cansarnos de nuevo, porque vale la pena ese tesón por el beneficio logrado. En todo caso, no tenemos garantizado el éxito. Tampoco cuando procuramos asegurar todas las posibilidades para no fracasar, pues no somos dueños de las mil circunstancias que pueden interferir en nuestras acciones y es relativamente fácil que surjan imprevistos no deseados.

No sabemos por qué, pero así le sucedió a Simón y a sus compañeros aquella noche. Habiendo puesto oportunamente los medios y a pesar de su experiencia, no pescaron nada. Pero, a continuación, llega Jesús, le anima a intentarlo de nuevo, le indica que eche la red precisamente a la derecha, y la eficacia de ese esfuerzo, semejante a muchos otros de horas antes, es desproporcionada.

Es lo que sucede siempre, cuando procuramos actuar –cualquiera que sea nuestra actividad– cumpliendo la voluntad de Dios: aunque nuestros ojos no lo contemplan a veces, el fruto de ese

empeño es grande siempre; no por nosotros, que podemos relativamente poco, sino por Dios, cuya voluntad se cumple si somos dóciles a las insinuaciones que pone en nuestro corazón.

Sin darnos cuenta muchas veces –otras lo procuramos expresamente–, trabajamos y nos desenvolvemos ante los demás o para los demás. Lo nuestro repercute en otros, siempre les afecta de algún modo. Es muy bueno que así suceda y tomar conciencia de ello, intentando expresamente que esa influencia les ayude a reconocer que Dios está presente en el mundo y que nos ama, y espera asimismo el amor de sus hijos, los hombres.

Se tratará de influir en los hombres, respetando –claro– su libertad. Más aún, contando con esa libertad. Que nuestra conducta les afecte. Que mi actitud, mi ejemplo animante repercuta en los demás para su bien. Y esto, conscientes de hacerlo ante Dios para que otros participen más de su amor. ¿Es posible pensar en una tarea más noble? Muchos trabajan con materiales físicos de muy diverso tipo: en fábricas o en diversas empresas de construcción; otros con realidades no materiales, como las relaciones jurídicas o económicas entre las personas, o en el mundo de la cultura o del arte. El que se mueve en la presencia de Dios, sea cual fuere su actividad, siempre trabaja con almas, y con la Gracia de Dios y la libertad personal. Su trabajo pasa a ser, como el de Simón, de simple pescador a pescador de hombres para Dios.

Vivamos en su presencia, viendo en cuantos nos rodean almas que, de algún modo, Dios pone en nuestra red. Ahí están para que apliquemos a ellas con amor nuestro tiempo, nuestra inteligencia, nuestra ciencia, nuestro trabajo. Nos serviremos de la amistad, del parentesco o del afecto que nos unen. Y se dejarán pescar para Dios cuando comprendan que nada buscamos para nosotros: sólo para ellos y para Él.

Nadie nos quita, en todo caso, el convencimiento, que nos llena de un gozo incomparable, de estar dedicados a la tarea más grandiosa que es posible en este mundo, y de trabajar con la más noble de las “materias” que existe sobre la tierra: el espíritu libre de los hombres. Fue la ocupación que tuvo Dios cuando, hecho hombre, vivió en Israel. Una tarea que está al alcance de todas las mujeres y los hombres de fe, desde que Jesucristo envió a sus apóstoles por todo el mundo a enseñar su Evangelio.

Lo que llenó también la vida de la Madre de Dios, ocupada en cosas sencillas casi siempre, pero consciente de vivir en la presencia del Señor y para Él. Es la **llena de Gracia** y ésta es la razón de su excelencia sobre todo cuanto existe en el mundo. Su correspondencia a esa Gracia de Dios consistió en vivir dócil a su Señor, siendo el cauce de su amor hacia nosotros.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

El oficio de los pastores en la Iglesia

El Evangelio que escuchamos se abre con la descripción de una escena simple y sugestiva: Jesús, sentado en la barca de Simón Pedro, enseñaba a la multitud que se agolpaba a la orilla del lago para escucharlo. Es probable que el evangelista Lucas, al describir esta escena, pensara en su significado para la iglesia; ese significado que vemos realizado ahora, aquí entre nosotros: estamos aquí, de hecho, como la multitud sobre la orilla del lago, escuchando a Jesús que nos habla todavía desde “la barca de Pedro”, o sea desde el interior de la Iglesia.

¿Qué nos dice hoy la palabra de Dios? Podemos resumirlo en una palabra: vocación. Dios no quiere actuar solo, como algunos grandes *managers* terrenos que no confían en nadie y no saben hacer colaborar a alguien en su propio trabajo; él quiere, en cambio, involucrar a los hombres en la

obra de salvación que le atañe; quiere colaboradores conscientes y activos. Veamos de qué manera se refleja esa gran verdad y qué matices adquiere en las lecturas de hoy.

La primera lectura nos presentó la vocación del profeta Isaías; es una página que nunca se termina de explorar; antes de confiar la misión a su profeta, Dios lo prueba como en un crisol: inmerso en la luz deslumbrante de la santidad y la majestad de Dios, el hombre se ve perdido porque se descubre como lo que es en realidad, es decir, pecador. Pero resulta que un fuego le toca los labios y se siente purificada; es apartado de sus pensamientos terrenos, de sus preocupaciones personales y pasó a estar totalmente disponible para Dios. A la voz de Dios: *¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?* él puede responder ahora, con toda simplicidad: *¡Aquí estoy: envíame!* Dios no lo forzó; sólo suscitó dentro de él la voluntad de ponerse al servicio de la causa de Dios. Eso es la vocación: Dios que suscita en un hombre la necesidad y el coraje de decirle libremente que sí; Dios que llama y el hombre que responde: vocación activa y vocación pasiva.

Pasemos ahora al Evangelio. Lucas reunió, en esta página, el recuerdo de episodios ocurridos —al parecer— en lugares y circunstancias diversos. Pero esto no quita nada al mensaje que quiere transmitir, que tiene su verdad en el Espíritu y no sólo por la historia que reproduce.

Notemos la diferencia: aquí, la llamada no se produce en el arcano de una teofanía; Dios asumió un rostro y una voz humanos y es así como ahora llama a los hombres: “En Cristo Jesús”, o sea casi de hombre a hombre. La reacción de Pedro, no obstante, es idéntica a la de Isaías: *Aléjate de mi Señor, porque soy un pecador*: signo de que en ese hombre algo reclama la autoridad y la santidad misma de Dios. Nunca sabremos qué indujo a los primeros discípulos a abandonar con semejante prisa la barca y las redes, oficio de familia, para seguir la invitación de Jesús; Lucas nos hace comprender que fue un milagro: la pesca milagrosa; pero este episodio parece haber sucedido más tarde (cf. Jn. 21, 4-11). Acaso el milagro más verdadero de ese momento fue el que se cumplió dentro de ellos: ellos fueron los “capturados” en la red de Dios, de ese modo suave e irresistible que siempre signó las grandes llamadas de parte de Dios: *¡Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir! ¡Me has forzado y has prevalecido!*, exclamó Jeremías cuando fue su turno (Jer. 20,7). También en el caso de los apóstoles, como en el episodio de Isaías, todo gravita hacia el final, o sea hacia el envío: *No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres*. Y ellos, *atracaron las barcas a la orilla y, abandonándolo todo, lo siguieron*. Más tarde, Pedro volverá a evocar este momento diciéndole a Jesús: *Nosotros hemos dejado todo lo que teníamos y te hemos seguido* (Lc. 18,28).

Esta no es una comitiva cualquiera de Jesús, por ejemplo, como la de las multitudes que lo siguen para escuchar su palabra y comer su pan; es un seguir a Jesús para ser “pescadores de hombres”, o sea para compartir su misión, para ser sus colaboradores, para ser la primera comunidad cristiana, embrión de toda la Iglesia. Los apóstoles son los llamados que deben servir a llamar.

En la segunda lectura, volvemos a encontrar a estos mismos apóstoles, después de la Pascua, en la plenitud de su actividad de pescadores. ¿En qué consiste su tarea? ¿Qué hacen en realidad? “Transmiten” que Cristo *murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día*; en suma, dan testimonio de Jesús con la predicación y ese testimonio es como una gran red que es arrojada en olas sucesivas, repitiendo cada vez el prodigio de la pesca milagrosa: *Por toda la tierra se extiende su voz y sus palabras llegan hasta los confines del mundo* (Rom. 10,18); *Aumentaba cada vez más el número de los que creían en el Señor* (Hech. 5,14). Esa “captura” no era vista como desgracia, sino más bien como salvación: los hombres que se acercaban a la fe desde el paganismo tenían la sensación de haber sido sacados de un mar profundo de perdición y de tinieblas y trasladados al reino de la luz (cf. Col. 1,13s.). Caer en esa red no es ser “enredado” sino ser salvado

del naufragio. Tal vez también por ese motivo, a los primeros cristianos les gustaba definirse, con alegría y reconocimiento, como *pisciculi*, o sea pececitos sacados del mar.

El testimonio dado por los apóstoles se califica como una transmisión, como *paradosis* (*Les he transmitido lo que yo también he recibido*); esto constituye su segunda tarea esencial: ser los garantes y, por así decirlo, los medios de la tradición. En esto se delinean ya magisterio y tradición que, junto con la Escritura, son los fundamentos de la visión católica de la fe.

Esto que dijimos hasta aquí tendría que habernos ayudado a comprender mejor la acción de Dios, a captar el profundo respeto por el hombre que caracteriza su plan de salvación: “Ad homines per homines”: él va a los hombres por medio de los hombres y así los hace solidarios entre sí también en la salvación.

Pero, como siempre, no podemos quedarnos aquí: del plano de la comprensión debemos pasar al plano de la actuación del Evangelio. Hoy queremos preguntarnos particularmente una cosa: ¿qué significa, para el pueblo de Dios, el hecho de la existencia de pastores y jefes, vale decir, de la autoridad y la jerarquía en la Iglesia? Vivimos en una época en la cual el sistema de representación es sumamente discutido y cuestionado; a él se opone, en todos los niveles (escuela, política, empresa), el sistema de la participación directa. La gente está cansada de ser siempre representada por otros, de dejar que otros tomen decisiones por ella, sin darse cuenta y sin poder elegir personalmente; en una palabra, sin poder manejar su propia libertad. Está cansada de ser mantenida en estado de minoría. También en la vida de la Iglesia existe una crisis de ese tipo; pero esta crisis, antes que quitarle fundamento a esa “visión católica” de la Iglesia, la está purificando y renovando. Pedro y Pablo, es decir, los dos pilares y fundamentos de la jerarquía eclesiástica dieron, por así decirlo, una definición del oficio del pastor de la Iglesia. El primero dice que el pastor no debe “dominar a los que les han sido encomendados”, sino que debe ser “ejemplo para el Rebaño” (cf. 1 Pedro 5,3); el otro, Pablo, hablando en primera persona a los cristianos de Corinto, dice: *Porque no pretendemos imponer nuestro dominio sobre la fe de ustedes; lo que queremos es aumentarles el gozo* (2 Cor 1,24).

Ahora, si miramos hacia atrás cómo estaban planteadas las relaciones entre jerarquía y pueblo antes del Concilio Vaticano II (y en parte aún hay), vemos que la Iglesia había terminado estructurándose en una línea rígidamente vertical que iba de Cristo al papa, del papa a los obispos, de los obispos a los párrocos y de los párrocos al pueblo. No había mucho intercambio ni comunicación recíproca, ni entre Iglesia e Iglesia, ni entre categoría y categoría en una sola Iglesia; los fieles no tenían muchos contactos con su obispo, ni el obispo con su pueblo; estaba en contacto con el pueblo sólo a través de los párrocos. Pero lo más grave era la falta de un contacto directo del pueblo con Dios. Estaba difundida la convicción (aunque nunca teorizada) de que Dios sólo obraba en la Iglesia pasando a través de esa serie de intermediarios: papa, obispos, sacerdotes. Todos los así llamados “canales de la gracia” (sacramentos, palabra de Dios, etc.) pasaban a través de ellos. Según esta visión, los pastores son considerados como representantes de Dios ante el pueblo, como los representantes del pueblo ante Dios y como los representantes de la Iglesia ante los poderes civiles. El laico queda excluido prácticamente de toda participación en las decisiones de la Iglesia; hay una especie de delegación a todos los niveles, incluso con Dios: los sacerdotes creen, oran, celebran Misas por el pueblo; el pueblo hace celebrar Misas, hace rezar, da limosna al clero y con eso mantiene la conciencia tranquila. No se debe generalizar, pero tampoco se puede negar que a menudo las cosas eran efectivamente así.

El Concilio empezó a reemplazar este modelo de Iglesia, basado en la representación, por el modelo basado en la participación directa; lo hizo de varias maneras y en varias ocasiones:

redescubriendo el papel de la colegiatura de los obispos, la Iglesia local, la importancia de los laicos y de los organismos de participación en la Iglesia (Consejos presbiteriales, pastorales, etc.). La convicción común en todos estos hechos es que Dios no actúa sólo en una dirección —del vértice hacia la base—, sino también en la otra dirección: de la base hacia el vértice. Con la variedad de los dones y ministerios que el Espíritu Santo suscita directa y libremente en la vivencia cotidiana y concreta de la Iglesia, nace una riqueza que redundará en beneficio de toda la Iglesia misma. Si bien en los sacramentos es la riqueza del patrimonio común de gracia (de la cual la jerarquía es administradora: cf. 1 Cor. 4,1) la que pasa a los fieles individuales, en los dones es en cambio la riqueza del fiel individual la que redundará en beneficio del patrimonio común de la gracia. La jerarquía tiene el deber de discernir y autenticar los dones, no el de crearlos.

En muchas comunidades surge una relación distinta entre obispo, sacerdotes y fieles; no ya vertical, sino triangular (en el triángulo, cada vértice está en comunicación con los otros dos); cada uno de los tres componentes está en relación viva con los otros dos; cada uno da y recibe. La convicción de ser, a un determinado nivel, todos hermanos, todos ovejas y discípulos del único Maestro, prevalece por sobre el hecho de ser, en otro nivel, algunos “Iglesia docente” y otros “Iglesia discípula”. La comunión eclesial no consiste en el hecho de que los fieles estén en comunión con el párroco, el párroco a su vez, en comunión con el obispo y el obispo, a su vez, en comunión con el papa; sí en cambio, en el hecho de que todos sean y se sientan en comunión con todos; cada uno en la comunidad es responsable de toda la comunidad. Cuando la Iglesia atraviesa pruebas grandes y además sufre persecución (¿y quién puede asegurar que no estemos yendo a una situación de ese tipo?), la existencia o no de una fuerte unión entre jerarquía y pueblo es lo que decide la supervivencia o no de una Iglesia, como hemos visto con la experiencia de los países del Este.

¿Acaso desaparece, de ese modo, la idea o el oficio de la jerarquía? No, es, más bien redescubierto su verdadero significado. En el Nuevo Testamento no aparece nunca la palabra *jerarquía*; donde esperaríamos esa palabra (como en Ef. 4, 11s.), encontramos en cambio la palabra *diakonia*, ministerio, servicio: apóstoles, pastores y maestros están al servicio de la comunidad; los apóstoles son servidores (*diakonoi*) de Cristo y administradores de sus misterios (cf. 1 Cor 4,1).

Es sorprendente, pero cierto: en las comunidades en las que se empieza a vivir este nuevo modo de presencia del pastor, su importancia no ha disminuido, sino que aumentó; el pueblo siente una mayor necesidad del ministerio sacerdotal; quiere más al sacerdote y está dispuesto incluso a obedecer más a sus pastores. Poder, además, celebrar la Eucaristía con el propio obispo pasa a ser un acontecimiento. Es posible que el obispo no sea llamado con los títulos de “excelencia reverendísima”, sino simplemente hermano o padre, y sin embargo se advierte que hay un profundo sentido de reverencia y de amor, muy distinto de los sentimientos del mundo que se basan en el rango. Es natural que sea así: en un organismo reactivado, la vivacidad nueva de todos los miembros no anula la importancia de un miembro individual, sino que la exalta, porque lo estimula a dar más.

Al hacer esto, los pastores imitan el estilo de Dios en su actuar con los hombres: Dios no quiso —aun pudiendo— hacer todo solo, dejando que los destinatarios de la salvación permanecieran pasivos; los hizo colaboradores suyos, los hizo partícipes y corresponsables. El sacerdote que comprendió esto, no quiere hacer todo solo y reemplazar a los laicos en todo, incluso en la administración de las cosas y en la dirección de trabajos materiales. Trata, más bien, de descubrir las innumerables energías espirituales y los dones difundidos por el Espíritu en medio de su pueblo, para ponerlos al servicio de toda la comunidad, convirtiéndose de esa manera realmente en un “colaborador del pueblo para el gozo”.

Esta tarea halla su momento culminante justamente ahora en la Eucaristía. Al consagrar el pan y el vino, el sacerdote que re presenta al obispo, expresa la “conmemoración” que todo el pueblo reunido a su alrededor hace de la muerte y resurrección de Jesús, y en virtud del Espíritu Santo que desciende sobre las ofertas, hace que esa memoria de Jesús se transforme en presencia y la presencia de Jesús se transforme en alegría: “Yo los volveré a ver y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar” (Jn. 16,22).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de San Timoteo (10-II-1980)

– Acercarse a Dios

Estoy contento de volver a descubrir y profundizar con vosotros en los textos de la liturgia de este domingo, la fundamental vocación-misión del cristiano que, como los Profetas, como los Apóstoles, está llamada a desarrollar el ministerio de anunciar y evangelizar a Cristo, haciéndolo actual mediante el propio testimonio vivo.

A propósito de esta vocación, el Evangelio de hoy nos ofrece abundante materia de reflexión y todas las lecturas de la liturgia dominical nos permiten comprender aún más a fondo su contenido.

He aquí el cuadro más frecuente en el Evangelio: Cristo enseña. Enseña a cuantos “se agolpan” en torno “para oír la palabra de Dios” (Lc 5,1). Primero enseña en la orilla del lago de Genesaret, luego “subió a una de las barcas, que era la de Simón”, y rogándole que se alejase un poco de la tierra, continuó enseñando a la multitud desde la barca (cfr. Lc.5,3). Cuando terminó de hablar, se alejó de la muchedumbre y mandó a Simón hacerse a la mar y echar las redes para la pesca (cfr. Lc. 5,4).

El acontecimiento, que podría parecer ordinario, toma de allí a poco un carácter extraordinario. En efecto, la pesca resulta especialmente abundante, lo que sorprende a Simón y a los otros pescadores, cuya fatiga precedente, que duró toda la noche, no había dado resultado alguno: “Toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada” (Lc. 5,5), dice Simón, cuando Jesús le pide echar las redes. Lo hacen únicamente por respeto a las palabras de Jesús, movidos por un motivo de estima y obediencia.

La inesperada, abundantísima pesca, que incluso exige la ayuda de los compañeros de la otra barca, suscita en Simón Pedro una reacción típica de él. Se echa a los pies de Jesús y dice: “Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador” (Lc. 5,8).

Los otros testigos del acontecimiento milagroso, los hermanos Santiago y Juan, no reaccionan del mismo modo, pero también se llenan de estupor por la extraordinaria pesca realizada (cfr. Lc 5,9).

Entonces, Jesús dirige a Simón las palabras que dan el significado profético a todo el acontecimiento: “No temas; en adelante vas a ser pescador de hombres” (Lc. 5,10).

En diversos pasajes podemos comprobar que el Señor Jesús enseña a todos los que se acercan para oír su palabra; sin embargo, Él se propone instruir de modo particular a los Apóstoles, para introducirlos en los “misterios del reino”, que ellos sobre todo deben conocer, para creer en la propia

misión. Jesús los educa en la tarea de futuros testigos de su potencia y de maestros seguros de esa verdad que Él ha traído al mundo desde el Padre, de la verdad que es Él mismo.

El pasaje evangélico de hoy nos muestra uno de los momentos particulares de esa solicitud, mediante la cual Jesús confirma a los Apóstoles y ante todo a Simón Pedro en la propia vocación. El método que usa el Maestro divino sobrepasa la simple enseñanza, el anuncio de la Palabra y su explicación. Para que penetre en profundidad, Jesús confirma la verdad de la Palabra anunciada con la revelación de su potencia sobrehumana y sobrenatural de Dios, que se dirige directamente a todo el hombre.

– Sentido del pecado y humildad

Frente a la revelación de esta potencia, la reacción del hombre es siempre la que manifestó Simón Pedro: la toma de conciencia de la propia indignidad y el estado pecaminoso. ¿No decimos nosotros siempre, antes de la santa comunión: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa...”? Pedro, a su vez, afirma, “apártate de mí, que soy hombre pecador” (Lc. 5,8). San Pablo movido por el mismo sentimiento, escribirá: “No soy digno de ser llamado Apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios” (1 Cor. 15,9). Así Isaías se defiende de la llamada del Señor, que querría eludir oponiendo la impureza de los propios labios, indignos de pronunciar la palabra del Señor (cfr. Is. 6,5).

Este profundo sentido de estado pecaminoso personal y de indignidad permite actuar a Dios mismo, permite a su gracia –gracia a la llamada divina– hacerse eficaz.

Los labios de Isaías, tocados por un carbón encendido, se vuelven puros y el profeta puede decir: “Heme aquí, envíame a mí” (Is. 6,8). Pablo, convertido de perseguidor en Apóstol, afirma: “Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confirió no ha sido estéril” (1 Cor. 15,10). En cambio, Simón Pedro escucha de labios de Cristo las palabras confortadoras: “No temas; en adelante vas a ser pescador de hombres” (Lc. 5,10).

En las lecturas de hoy se encierra una profunda lección que demuestra nuestra verdadera relación personal con Dios. Ante todo es necesario que tengamos un sentido profundo de su santidad y a la vez un vivo sentido de nuestra culpa e indignidad. Cuanto más caigamos en la cuenta de esto último, tanto más se nos revela lo primero: Dios en la Majestad inefable de su potencia y de su amor; Creador y Redentor del hombre; Sabiduría, Justicia, Misericordia; Dios Omnipresente, Omnisciente, Omnipotente.

Cristo no manifiesta con su enseñanza este misterio inescrutable de Dios y, al mismo tiempo, nos lo acerca, hablando el lenguaje de los hombres sencillos, haciendo presente la potencia de Dios mismo con signos visibles, como, por ejemplo, la pesca del lago de Genesaret.

Reflexione cada uno de nosotros si su relación interior con Dios tiene los rasgos que se manifiestan en el comportamiento de Simón Pedro, de Pablo de Tarso, del profeta Isaías; si nuestra relación con Dios no es demasiado superficial, unilateral, interesada. ¿Tenemos miedo del pecado, por no ofender al Padre y al Hijo, su Unigénito, que ha aceptado por nosotros la pasión y la muerte en la cruz? ¿O más bien nos falta esa conciencia de profunda indignidad en relación con el que es el solo y único Santo?

Comprometámonos en este sentido.

– Apostolado cristiano

Además de esto, las lecturas de hoy contienen pensamientos e indicaciones importantes para la vida de toda parroquia, como unidad del pueblo de Dios.

Cristo dijo a Pedro: “En adelante vas a ser pescador de hombres” (Lc. 5,10); esta pesca misteriosa corresponde a la misión incesante de la Iglesia, de cada una de las comunidades en la Iglesia y de cada uno de los cristianos. Llevar a los hombres vivos, a las almas humanas la luz de la fe y a la fuente del amor; mostrarles el Reino de Dios presentes en los corazones y en el designio de la historia de la humanidad; reunir a todos en esa unidad, cuyo centro es Cristo: he aquí la misión continua de la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha dado en su enseñanza, la expresión plena de esta misión.

Y como en los tiempos de Jesús, así también hoy, esta misión exige un constante anuncio que prepare y facilite la acogida de la verdad divina y del amor fraterno. Exige que cada una de las personas, de los grupos, de los ambientes “se aparten a veces de la tierra” para “alejarse”. Es necesario para esta penetración más profunda del Evangelio y de los misterios divinos. Es necesaria particularmente una intimidad familiar, exclusiva, ferviente con Cristo y con el Padre en el Espíritu Santo, para que maduren los Apóstoles, es decir, los cristianos perfectos, prontos a dar a los demás, sacando de la propia plenitud, para que la gracia de Dios en ellos no sea estéril (cfr. 1 Cor. 15,10; 2 Cor. 6,1).

“Maestro... porque tú lo dices echaré las redes” (Lc. 5,5). Vuestra comunidad, vuestros Pastores, todas las almas apostólicas... todos los feligreses no cesen de pensar así, animados por este mismo espíritu de fe, y no cesen de actuar en consecuencia. ¡El Maestro y Señor está constantemente presente en nuestra barca!

La vocación del cristiano se realiza sustancialmente, además de en la vida de gracia, en el testimonio de amor y de solidaridad, que requiere obviamente una apertura a los demás, acogidos como tales, y apremia a salir de sí mismos, de los propios miedos y defensas, de la tranquilidad del bienestar propio, para comunicar y al mismo tiempo construir un tejido de relaciones recíprocas, orientadas al bien espiritual, moral y social de todos.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Jesús fue inculcando a los suyos, con numerosas lecciones prácticas, la necesidad de contar con Él. Pero será a Pedro, la piedra elegida como fundamento de su Iglesia, a quien proporcionará la importante lección de no confiarlo todo a la experiencia profesional a través de una asombrosa pesca después de una noche infructuosa.

Este episodio representará para los discípulos la toma de conciencia de que la Palabra de Jesús debe anteponerse a lo que aparece a sus ojos más sensato. A pesar de que parece inútil ponerse a pescar ahora, Pedro lo intenta de nuevo confiando en la indicación del Maestro. El resultado fue tal que el asombro y un temor sagrado se apoderó de todos. “Pedro, explica Ratzinger, había hecho algo más que llevar a cabo un trabajo manual. Este suceso se convirtió para él en un camino interior, cuya extensión describe Lucas con dos palabras. El evangelista, en efecto nos cuenta que, antes de la pesca milagrosa, Pedro había llamado al Señor *Epistáta*, es decir, Maestro, el que enseña. Al volver, en cambio, se arroja a los pies de Jesús, y ya no le llama Rabí, sino *Kyrie*, Señor; es decir, se dirige a él con el nombre reservado a Dios” El Señor lo tranquiliza y le llama para que se dedique a otra clase de pesca. Pedro y los demás, “dejándolo todo, lo siguieron”.

“Confía tu camino al Señor y Él actuará”, dice el Salmista (36). Todos somos vulnerables a la tentación del desánimo motivado tal vez por unos esfuerzos cuyos frutos no acaban de llegar, una situación económica apurada que no se soluciona, una atmósfera familiar conflictiva que en lugar de mejorar empeora a pesar de nuestro empeño, y, sobre todo, cuando al querer influir cristianamente en

los demás, palpamos lo difícil que es modificar modos de ser y de pensar o movilizar a las personas. Confiar en Dios no es cerrar los ojos a la realidad, pero tampoco abandonarse al derrotismo de quienes todo lo examinan con criterios exclusivamente humanos.

A nuestro lado hay personas a las que un drama íntimo o alguna experiencia negativa, un malentendido, les ha apartado de la fe pero conservan la nostalgia de la verdad. También hay muchos escépticos que han visto cómo muchas utopías se han derrumbado y el desencanto es el compañero de sus vidas. Pero si alguien allegado a ellos les hablara con respeto, con la ayuda de Dios, recuperarían la fe y la alegría.

Siempre hay que echar las redes de nuevo, confiados en la palabra del Señor, aún cuando nos parezca que va a ser inútil, porque Dios podría estar esperando ese nuevo intento para que, los esfuerzos baldíos de anteriores gestiones, se tornen en un éxito que nos llene de asombro y caminemos con más confianza en Dios.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

Vuestra vocación es la libertad

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 6, 1-2a. 3-8: Aquí estoy, mándame

Sal 137,1-2a,2bc-3.4-5.7c-8: Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor

1 Co 15, 1-11: Esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído

Lc 5, 1-11: Dejándolo todo, lo siguieron

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Por su obediencia hasta la muerte, Cristo ha comunicado a sus discípulos el don de la libertad regia para que vencieran en sí mismos, con la propia renuncia y una vida santa al reino del pecado» (908).

«Los laicos, además, juntando también sus fuerzas, han de sanear las estructuras y las condiciones del mundo, de tal forma que, si algunas de sus costumbres incitan al pecado, todas ellas sean conformes con las normas de la justicia y favorezcan en vez de impedir la práctica de las virtudes» (909).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«El que somete su propio cuerpo y domina su alma, sin dejarse llevar por las pasiones es dueño de sí mismo: se puede llamar rey porque es capaz de gobernar su propia persona» (San Ambrosio) (908).

«Lo seglares también pueden sentirse llamados a ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles» (Pablo VI) (910).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La vocación del profeta es una elección de Dios a pesar de su fragilidad humana.

La vocación de los primeros discípulos de Jesús tiene en San Lucas el prólogo de la «pesca milagrosa»; con este signo Jesús llama la atención de aquellos hombres, y ellos responden con prontitud, dejándolo todo.

Comienza la parte de la 1.a carta a los Corintios dedicada a responder a las preguntas de los corintios sobre la resurrección de los muertos. San Pablo escribe un texto fundamental del Nuevo Testamento: el testimonio de los testigos de la resurrección.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La Iglesia, pueblo sacerdotal, profético y real: 783-786.

La misión real de Cristo: 908-913.

La respuesta:

La participación de los laicos en la misión real de Cristo: 908-913.

C. Otras sugerencias

El profeta y el apóstol es un hombre limitado pero tiene una gran misión: así se describe en la vocación del profeta Isaías y en la revelada en el Evangelio. Reconocer la propia limitación es aceptar el don de la vocación y la tarea que la misión implica.

La vocación cristiana es el seguimiento de Cristo. Seguimiento total, de toda la persona, capaz de ser libre, rey, y transformar el mundo con esa libertad regia.

Los cristianos son capaces, con la gracia de Dios, de ser transformadores del mundo, pescadores de hombres, remando mar adentro de cualquier estructura social humana.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Mar adentro: Fe y obediencia en el apostolado.

– La fe y la obediencia son indispensables en el apostolado.

I. Narra San Lucas³ que estaba Jesús junto al lago de Genesaret, donde tuvieron lugar tantos prodigios y tantas gracias fueron derramadas por el Hijo de Dios. La multitud se apiñaba en torno a Jesús de tal manera que le faltaba espacio para predicar. Subió entonces a una barca y mandó que la separaran un poco para hablar a la muchedumbre que permanecía en la orilla.

La barca desde la que predica el Señor es la de Pedro, que ya conocía a Jesús y le había acompañado en alguno de sus viajes. Cristo intencionadamente se mete en su barca, se va introduciendo progresivamente en su vida y prepara su entrega definitiva como Apóstol. Como en cualquier vocación, como en cualquier alma en la que Dios decide meterse hondamente. Muchas gracias definitivas han tenido una larga historia, una profunda preparación por parte de Dios; preparación tan discreta y amorosa que, a veces, podemos confundirla con sucesos naturales, con acontecimientos normales⁴.

³ Lc 5, 1-11.

⁴ Cfr. F. FERNANDEZ CARVAJAL, *El Evangelio de San Lucas*, Palabra, 2ª ed., Madrid 1981, pp. 81-85.

Ha terminado la predicación; quizá Pedro se siente satisfecho de haber prestado su barca al Maestro. Podemos pensarlo así. Y entonces, cuando Jesús acaba de hablar a la multitud, le dice a Pedro que prepare los remos y que bogue mar adentro.

Aquel día no había sido bueno. Jesús los había encontrado lavando las redes, después de una noche de trabajo inútil. Debían de encontrarse cansados, pues el trabajo era duro. Las redes (de 400 a 500 metros), formadas por un sistema que constituía como una cortina de tres mallas de tres redes más pequeñas, han de arrojar al fondo del lago; el trabajo requería por lo menos cuatro hombres para faenar con cada red.

Pedro dice al Señor que han estado trabajando toda la noche y que no han logrado nada. ***La contestación parece razonable. Pescaban, ordinariamente, en esas horas; y, precisamente en aquella ocasión, la noche había sido infructuosa. ¿Cómo pescar de día? Pero Pedro tiene fe: no obstante, sobre tu palabra echaré la red (Lc 5, 5). Decide proceder como Cristo le ha sugerido; se compromete a trabajar fiado en la Palabra del Señor***⁵. A pesar del cansancio, a pesar de que no es un hombre de mar el que da la orden de pescar, y a unos pescadores conocedores de la inoportunidad de la hora para esa tarea y de la ausencia de peces, echarán manos a las redes. Ahora por pura fe, por pura confianza en el Maestro; los elementos que hacían o no aconsejable la pesca han quedado atrás. El motivo de iniciar de nuevo el trabajo es la fe de Pedro en su Maestro. Simón confía y obedece sin más.

En el apostolado, la fe y la obediencia son indispensables. De nada sirven el esfuerzo, los medios humanos, las noches en vela, la misma mortificación si pudiera separarse de su sentido sobrenatural...; sin obediencia todo es inútil ante Dios. De nada serviría trabajar con tesón en una obra humana si no contáramos con el Señor. Hasta lo más valioso de nuestras obras quedaría sin fruto si prescindieramos del deseo de cumplir la voluntad de Dios: “Dios no necesita de nuestro trabajo, sino de nuestra obediencia”⁶, enseña con rotunda expresión San Juan Crisóstomo.

– A todos nos llama el Señor para seguirle de cerca y para ser apóstoles en medio del mundo. La eficacia apostólica depende de la unión con Cristo.

II. Pedro llevó a cabo lo que el Señor le había mandado, y *recogieron tan gran cantidad de peces, que la red se rompía*. El fruto de la tarea que se hace guiado por la fe es abundantísimo. Pocas veces –quizá ninguna– Pedro había pescado tanto como en aquella ocasión, cuando todos los indicios humanos señalaban la inutilidad de la empresa.

Este milagro encierra una enseñanza profunda: sólo cuando se conoce la propia inutilidad y se confía en el Señor, utilizando a la vez todos los medios humanos disponibles, el apostolado es eficaz y los frutos numerosos, pues “toda fecundidad en el apostolado depende de la unión vital con Cristo”⁷.

Jesús contempla en aquellos peces una pesca más copiosa a través de los siglos. Cada discípulo suyo será un nuevo pescador que allegará almas al Reino de Dios. ***Y en esa nueva pesca, tampoco fallará toda la eficacia divina: instrumentos de grandes prodigios son los apóstoles, a pesar de sus personales miserias***⁸.

⁵ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 261.

⁶ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilias sobre San Mateo*, 56, 5.

⁷ CONC. VAT. II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, 4.

⁸ SAN JOSEMARÍA, loc. cit.

Pedro está asombrado ante el milagro. En un momento lo ha visto todo claro: la omnipotencia y sabiduría de Cristo, su llamada y su propia indignidad. Se echó a los pies de Jesús en cuanto atracaron, y le dijo: *Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador*. Reconoce la dignidad suma de Cristo, y sus propias miserias, su incapacidad para llevar a cabo la misión que ya presiente; pero, a la vez, le ruega que le tome con Él para siempre: sus defectos y poca valía no le separan de su misión. Sabe ya que con Cristo lo puede todo. El Señor le quita entonces todo temor y le desvela con entera claridad el nuevo sentido de su vida; *no temas, de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar*. Se vale Jesús de la imagen de su oficio, donde ha ido a buscarlo, para descubrirle su misión de Apóstol. “La experiencia de la santidad de Dios y de nuestra condición de pecadores no aleja al hombre de Dios, sino que lo acerca a Él. Es más, el hombre convertido se transforma en confesor y apóstol. Las intenciones de Dios le resultan cercanas y amables. Y su vida asume el sentido y valor más pleno”⁹.

A todos nos llama el Señor para ser apóstoles en medio del mundo: delante de un ordenador o empuñando un arado, en la gran ciudad o en la pequeña villa, con cinco talentos o con tres; no quiere Jesús seguidores suyos de segunda categoría. A todos nos llama para que, con santidad de vida y ejemplaridad humana, seamos instrumentos suyos en un mundo que parece huir de Él. “Todos los fieles, cualesquiera que sean su estado y condición, están llamados por Dios, cada uno en su camino, a la perfección de la santidad, por la que el mismo Padre es perfecto”¹⁰. Y a los laicos pertenece, “por propia vocación, buscar el reino de Dios, tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales”¹¹. Llama el Señor a los cristianos y a la mayoría los deja en una ocupación profesional, para que allí le encuentren, realizando aquella tarea con perfección humana y, a la vez, con sentido sobrenatural: ofreciéndola a Dios, viviendo la caridad con todos, aprovechando las pequeñas mortificaciones que se presentan, buscando la presencia de Dios...

– Prontitud de los Apóstoles en seguir al Señor. También Él nos llama; nos dará las ayudas necesarias y purificará nuestra vida y nuestro corazón para que seamos buenos instrumentos.

III. La llamada de Dios –y a todos nos llama– es en primer lugar iniciativa divina, pero exige correspondencia humana: *No me habéis elegido vosotros a Mí; sino que Yo os elegí a vosotros*¹². Y quizá nos encontremos con que no somos dignos de estar tan cerca de Cristo, o nos faltan condiciones para ser instrumentos de la gracia. Es la situación de cada hombre que halla, en lo más profundo de su alma, una fuerte e imperiosa llamada de Dios. Así, el Profeta Isaías –como nos presenta la *Primera Lectura* de la Misa¹³–, al experimentar la cercanía de la majestad de Dios, exclama: *¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los Ejércitos*. Pero Dios sabe de nuestra poquedad y, como purificó a Isaías y a tantos hombres y mujeres que ha llamado a su servicio, limpiará nuestros labios y nuestro corazón. *Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano... y la aplicó a mi boca y me dijo: Mira: esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado*. A nosotros nos perdona en la Confesión, y nos purificamos principalmente a través de la penitencia.

⁹ JUAN PABLO II, *Homilía* 6-II-1983.

¹⁰ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 11.

¹¹ *Ibidem*, 31.

¹² *Jn* 15, 16.

¹³ *Is* 6, 1-8.

Y ellos –sigue narrando el Evangelio–, *sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron*. Después de haber contemplado a Cristo, no tenían ya mucho que pensar. Ordinariamente, las firmes decisiones que transforman una vida no son fruto de muchos cálculos. La vida de Pedro tendría desde entonces un formidable objetivo: *amar a Cristo y ser pescador de hombres*. Todo lo demás en su existencia sería *medio e instrumento para ese fin*. ***También a nosotros, si luchamos diariamente por alcanzar la santidad cada uno en su propio estado dentro del mundo y en el ejercicio de la propia profesión, en nuestra vida ordinaria, me atrevo a asegurar que el Señor nos hará instrumentos capaces de obrar milagros y, si fuera preciso, de los más extraordinarios***¹⁴.

El Señor se dirige también a cada uno para que nos sintamos urgidos a seguirle de cerca como discípulos fieles en medio de nuestras tareas, y a realizar en el propio ambiente una audaz labor apostólica, llena de fe en la palabra de Jesús: ***Duc in altum. –¡Mar adentro! –Rechaza el pesimismo que te hace cobarde. Et laxate retia vestra in capturam –y echa tus redes para pescar.***

¿No ves que puedes decir, como Pedro: in nomine tuo, laxabo rete –Jesús, en tu nombre, buscaré almas?¹⁵.

Contemplando la figura de Pedro, le podemos decir a Jesús nosotros también: *Apártate de mí, Señor, que soy un pobre pecador*. Y a la vez le rogamos que jamás nos separemos de Él, que nos ayude a meternos, hondamente, *mar adentro*, en su amistad, en la santidad, en un apostolado abierto, sin respetos humanos, lleno de fe, porque en nuestra oración personal sabemos oír la voz del Señor, que nos anima y nos urge a llevarle almas. “Y, sin que tú encuentres motivos, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla –a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte– charlaréis de inquietudes que están en el alma de todos, aunque a veces algunos no quieran darse cuenta: las irán entendiendo más, cuando comiencen a buscar de verdad a Dios.

Pídele a María, Regina apostolorum, que te decidas a ser partícipe de esos deseos de siembra y de pesca, que laten en el Corazón de su Hijo. Te aseguro que, si empiezas, verás, como los pescadores de Galilea, repleta la barca. Y a Cristo en la orilla, que te espera. Porque la pesca es suya¹⁶.

Rev. D. Blas RUIZ i LÓPEZ (Ascó, Tarragona, España) (www.evangelinet.net)

En tu palabra echaré las redes

Hoy, el Evangelio nos ofrece el diálogo, sencillo y profundo a la vez, entre Jesús y Simón Pedro, diálogo que podríamos hacer nuestro: en medio de las aguas tempestuosas de este mundo, nos esforzamos por nadar contra corriente, buscando la buena pesca de un anuncio del Evangelio que obtenga una respuesta fructuosa...

Y es entonces cuando nos cae encima, indefectiblemente, la dura realidad; nuestras fuerzas no son suficientes. Necesitamos alguna cosa más: la confianza en la Palabra de aquel que nos ha prometido que nunca nos dejará solos. «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5). Esta respuesta de Pedro la podemos entender en relación con las palabras de María en las bodas de Caná: «Haced lo que Él os diga» (Jn

¹⁴ SAN JOSEMARÍA, *o. c.*, 262.

¹⁵ IDEM, *Camino*, n. 792.

¹⁶ IDEM, *Amigos de Dios*, 273.

2,5). Y es en el cumplimiento confiado de la voluntad del Señor cuando nuestro trabajo resulta provechoso.

Y todo, a pesar de nuestra limitación de pecadores: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8). San Ireneo de Lyon descubre un aspecto pedagógico en el pecado: quien es consciente de su naturaleza pecadora es capaz de reconocer su condición de criatura, y este reconocimiento nos pone ante la evidencia de un Creador que nos supera.

Solamente quien, como Pedro, ha sabido aceptar su limitación, está en condiciones de aceptar que los frutos de su trabajo apostólico no son suyos, sino de Aquel de quien se ha servido como de un instrumento. El Señor llama a los Apóstoles a ser pescadores de hombres, pero el verdadero pescador es Él: el buen discípulo no es más que la red que recoge la pesca, y esta red solamente es efectiva si actúa como lo hicieron los Apóstoles: dejándolo todo y siguiendo al Señor (cf. Lc 5,11).
